JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

LA SOCIEDAD IDEAL

Poema escénico en cinco actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912

LA SOCIEDAD IDEAL

LA SOCIEDAD IDEAL

Poema escénico en cinco actos divididos
en trece cuadros

ORIGINAL DE

JOSÉ FOLA IGURBIDE

Estrenado con gran éxito
en el TEATRO APOLO de Barcelona, la noche del 18 de
Noviembre de 1911

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1912

A mi amigo del alma

Jaime Firmat Noguera

Joya es nuestra antigua amistad que se ha extraviado pero que no ha perdido ni una sola de sus piedras preciosas. La buena voluntad con que te dedico este Poema escénico tiene la riqueza del diamante.

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARTA, Anciana de 70 años, maestra de la República ideal	Sra. Puchol.
FLORA; El tipo de la madre altruista. . .	Srta. Plasencia.
LIANA, Tipo ideal de la mujer libre . . .	Sra. Guitart.
JACINTA, Personificación humana de la bondad y la alegría	Srta. Rodríguez.
LAMARK, El hombre anticuado, pasional y atávico	Sr. Perelló.
CIUDADANO DARWIN, Presidente de la República ideal	» Rojas.
CIUDADANO LEIBNITZ, Médico y filósofo.	» Carnicero.
LISARDO, El Poeta del Pueblo.	» Estrems.
CIUDADANO NEWTON, Sportman, libertino, de buen corazón	» Delor.
CIUDADANO PLUTARCO, Tipo de obrero ilustrado	» Sierra.
CIUDADANO SERVET, Tipo de obrero ilustrado.	» Sanchiz.
CIUDADANO FRANKLIN, Tipo de obrero ilustrado	» Ginvernato.
EXTRANJERO, Tourista	» Viñals.
IDEM Idem	» Baduell.
CIUDADANO UJIER	» Crespo.
JESUS DE NAZARET, Promulgador de la Fraternidad humana.	» Sanchiz.
GALILEO, Libertador de la Ciencia . . .	» Guilemany.
GIORDANO BRUNO, Libertador del Pensamiento	» Casanovas.
MIRABEAU, Gran tribuno.	» Baduell.
NAPOLEÓN, El genio de la guerra	» Ginvernato.
MARISCAL NEY, Jefe de la caballería en Waterlóo. . . . . . ;	» Crespo.
EL HOMBRE NUEVO, Amo y señor de sus acciones	» Sierra.

Niñas y niños de Jerusalén. Niñas floristas. Hombres y mujeres de la República ideal. Dignidades eclesiásticas de la época del Renacimiento. Inquisidores. Soldados de diferentes épocas. Guerreros de Napoleón. Granaderos de la Guardia Imperial. Pueblo ideal.

TÍTULOS DE LOS CUADROS

1.° El Hombre anticuado.—2.° El Palacio del Pueblo.—3.° La escuela en la montaña.—4.° El balcón del Océano.—5.° Culpable por la conciencia.—6.° El canto del cisne.—7.° Gran Consejo de familia.—8.° El Poeta cautivo.—9.° Entusiasmo popular.—10. Los «pasos históricos».—11. La estalactita.—12. Prenda de esclavitud.—13. La hostia de fuego.

ADVERTENCIAS:

Las decoraciones, que son casi todas de montaña de fantasía escenográfica, como pertenecientes a un pais ideal, con tonalidades diferentes. Unos paisajes en rosa, otros en azul, etc.

Debe estudiarse muy bien el efecto que al finalizar el drama ha de producir la puesta de sol, semejante a una hostia de fuego, como se indica en el diálogo, sumergiéndose a lo lejos del Océano.

Todos los ciudadanos visten de americana y sombrero hongo.
Marta y Flora de traje muy obscuro.

Liana y Jacinta como todas las mujeres del pueblo, trajes muy sencillos, aunque muy vistosos y elegantes.

En el Paso histórico, la orquesta tiene que señalar la salida de los personajes con música adecuada. La salida de Mirabeau, con la Marsellesa; la de Napoleón, con una marcha guerrera, etc.

ACTO PRIMERO

CUADRO I

Decoración de bosque. Todo el cuadro lleno de sencilla y encantadora poesía. Asientos rústicos en primer término

ESCENA PRIMERA

Aparece en escena LIANA. (Ve pasar de izquierda a derecha a JACINTA y la llama.)

LIA. Jacinta... Ven, Jacinta.

JACIN. ¿Eres tú, Liana? ¿Qué quieres?

LIA. ¿Dónde vas?

JACIN. A llevarle estas flores a mi abuelita.

LIA. Haces bien.

JACIN. La pobre se regocija contemplando estas perlas que da la naturaleza.

LIA. Baja un momento; tenemos que hablar.

JACIN. (Bajando a escena.) Bueno, ¿qué deseas?

LIA. Besar estas flores y darte un beso. (La besa en la frente.) Para Marta, tu abuelita.

JACIN. Gracias por ella y por mí.

LIA. Un beso apenas deja rastro. Es un soplo ténue que se escapa de los labios... y sin embargo, cuando tu anciana ponga los suyos en este ramo de flores, te dirá: Aquí hay un pedazo de alma.

JACIN. ¿Y qué significan estas lágrimas?

LIA. Rocío... puro rocío.

JACIN. Perlas también. ¿Por qué lloras?

LIA. Siento mucha tristeza... Cuando hay nubes en el corazón, se descarga en llanto apenas se conmueve.

JACIN. ¿Triste en medio de la alegría? ¿Cuándo todo nos sonríe? ¿Cuándo hoy es día de fiesta?... ¡Ay! Qué dichosas sois las que tenéis alguna pena.

LIA. ¿Tan feliz te consideras?

JACIN. Como que casi te envidio. Si no hubiese sombra, ¡qué monótona resultaría la luz! ¿Por qué nos parece tan hermoso un cielo sin nubes? Por que suele tenerlas... Tú eres más dichosa que yo.

LIA. Eres muy original.

JACIN. Confíame tu secreto. De seguro que es Lamark quien...

LIA. Se descubrió el secreto.

JACIN. Está celoso.

LIA. Y sufre cuando me ve del brazo de Lisardo.

JACIN. ¿Querrá imponer leyes nuevas?

LIA. Así parece.

JACIN La mujer esclava del hombre como en las sociedades donde reina el privilegio .. ¿Y tú?

LIA. Yo quiero a Lisardo.

JACIN. Somos completamente libres para ejercer nuestra voluntad. Pobres de nosotras si así no fuera. Ese Lamark es un siervo de la pasión. ¿Por eso sufres?

LIA. Mira a Lisardo con malos ojos.

JACIN. ¿Será un mal hombre?

LIA. No. Es el corazón que trata de imponerse al buen entendimiento. Se muestra celoso porque observa que Lisardo y yo tratamos de formar pareja aparte. Ya nos vamos aislando como si todo el mundo se redujera para vivir sólo en nuestros corazones.

JACIN. Esas son las auroras del amor. Que hermosa es la libertad que disfrutamos y que sabia y fecunda es la naturaleza. Lo mismo hacen los pajarillos. Se juntan una mañana... ¿Dónde se han visto? En el bos-

que que es de todos. Se juntan y forman una parejita. Hacen con ramitas de musgo y hojas secas su nido de amor. ¿En qué lugar? En la copa de un arbol... En el alero de un tejado. Aquello también es de todos... No les obliga ningún casero a pagar inquilinato. Ya se han instalado en su casita... Aquél es su hogar... Allí se besan con mimos y arrullos que dan gloria. Vienen los hijuelos. La madre les da alimento con el pico. El padre se va de merodeo por trigos y sembrados. Así trabajan ambos a su manera, hasta que los tiernos pajarillos retozan yéndose de rama en rama para aprender a volar, y en cuanto saben de memoria la lección... ¡adiós la casa solariega! La abandonan por la libertad, por el aire que no les pone vallas ni fronteras. Y los padres, ¿qué hacen? Extienden también las alas, divorciándose alegremente, para formar otras parejas... otros nidos... otros amores... Y así con esta alegría, renovándose la felicidad, es como se va tejiendo, tejiendo la cadena de flores de la vida.

LIA. Ay, Jacinta, ¡qué hermoso es todo lo que acabas de decir!

JACIN. Porque es verdadero. Fíjate y verás como a la mentira nunca se la puede revestir de tanta belleza.

LIA. Aquí viene la madre de Lamark. ¡Pobrecita! ¡Qué lástima me da ver sus cabellos de plata!

ESCENA II

Dichas y la anciana FLORA, por la izquierda

FLO. Cuanto me alegro de hallarte, Liana.

LIA. Aquí me tienes, Flora.

FLO. ¿Y tú, Jacinta? Qué hermosa estás, hija mía. Una y otra parecéis dos pedazos de cielo.

JACIN. Es la juventud que siempre parece hermosa. Tenéis que hablar... Yo me voy a llevarle estas flores a mi abuelita. (Vase por la montaña derecha.)

ESCENA III

FLORA, LIANA

LIA. ¿Qué hay, Flora?

FLO. ¿Hablaste con mi hijo?

LIA. Parece que huye de mí.

FLO. Parece que huye, pero es que gira. No duerme ni sosiega. Le oigo en sueños balbucear tu nombre. La soledad le tiene cautivo. No gusta de ir con nadie. Hasta evita entrar en explicaciones conmigo y eso que soy su madre. Yo he dicho para mi sayo: esto es amor y Liana el objeto de sus ansias... pues a ver a Liana, y aquí me tienes. Explícame lo que él rehuye de explicarme. Lamark te ama. ¿No le quieres tú, hija mía? Es un buen muchacho. Algo voluntarioso y vehemente, eso sí. Nada se consigue con tapar sus faltas, porque por eso no deja de tenerlas ni de conocerse que las tiene; pero te haría feliz... De eso te responde su madre. Tú eres la única que podría amansarle... Yo veo que te turbas y palideces. Mala respuesta aguardo.

LIA. No es posible que le ame.

FLO. ¿Por qué razón?

LIA. Porque amo a Lisardo.

FLO. ¿El hijo de Marta, el Poeta del Pueblo.

LIA. Sí.

FLO. ¿Y él te ama?

LIA. Con toda su ilusión de poeta.

FLO. Entonces, ¿qué pretende mi hijo?
LIA. Truncar nuestra felicidad.
FLO. ¿Conqué derecho?
LIA. Con ninguno. Yo nunca le di esperanzas.
FLO. No te amilanes, hija mía. Libre es el corazón para amar. Mi hijo se sale de la ley.

ESCENA IV

Dichas y LAMARK, por la izquierda

LAM. ¿Y quién hizo esa ley?
FLO. Los hombres libres de esa República.
LAM. Y la pasión, ¿de dónde procede?
FLO. Si es buena, de la Naturaleza, regida por el espíritu. Si es mala, de los yerros de esa misma Naturaleza.
LAM. Y el corazón, ¿de quién es obra?
FLO. ¿Y la entereza del hombre? ¿Y el caracter? ¿Y la disciplina que debe ejercer sobre todos los actos de la voluntad? ¿No son destellos que guían a la conciencia humana?... Pues ríjete por esos destellos.
LAM. ¡Oh, madre!
FLO. Ya te hice daño... Bueno... bueno... Voy a dejaros solos. Entrad en explicaciones y razonad en paz y sosiego lo que tengáis qué hacer, y lo que puede poner cada cual de su parte para que no se interrumpa la buena armonía. Yo me voy a la casa de Marta.
LIA. Apóyate en mi brazo.
FLO. Hasta subir la pequeña cuesta. Que tengáis juicio, Lamark. (Liana y Flora suben pór la montaña, interin dice)
LAM. Las dos. ¡Ella y mi madre! Como flotan en el fondo de mi cerebro sus bellas imágenes. Qué bien se juntan. Qué poesía tienen. La juventud y la ancianidad... La aurora y el ocaso. ¡Liana! ¡Liana! Mía has de ser; pese al mundo entero.

LIA. (Bajando a la escena.) Lamark, amigo mío, ¿porqué sufres?

LAM. ¿Y tú me lo preguntas?

LIA. ¿Qué puedo hacer en tu obsequio?

LAM. ¿No lo sabes?

LIA. ¿Quieres que abandone a-Lisardo?

LAM. Eso quiero.

LIA. Si te hiciera esta promesa te engañaría.

LAM. ¿Tanto le amas?

LIA. Sí, le amo. ¿Por qué palideces?

LAM. No lo sé.

LIA. No sufras. Me das compasión.

LAM. ¡Ah, Liana! Si tú me amases. Si no te viese nunca del brazo de Lisardo. Si sólo fueses mía... Consagrados para la dicha común... Libres de estas angustias y resquemores...

LIA. Te exalta la fantasía... Ponle un freno a la imaginación.

LAM. Déjame saborear la dicha que se me escapa de las manos como una mariposa. Suspiro por aquellos tiempos en que la mujer era del hombre. Había un lazo que no podía romperse, formado por el juez y el sacerdote. ¡El marido tenía derecho hasta de matarla, si la esposa era infiel!

LIA. La mujer era para el hombre, sí; pero el hombre no era para la mujer. Yo también sé un poco de historia... Ahora padeces tú sólo. Entonces padecían todas las mujeres. ¡Con grilletes dorados solía esclavizarse el corazón de la esposa mártir, Lamark! ¡Qué situación aquélla tan horrible! No la compares con esta hermosa libertad que ahora disfrutamos las mujeres. Imagina por un momento que una ley social me obligase a ser tuya sin yo quererlo ser.

LAM. Esa es mi amargura.

LIA. Ponte en mi lugar. Figúrate que eres tú el prisionero de una voluntad que no es la tuya.

LAM. Esas son argucias del desamor. Bien. No me quieras. Despréciame... Humíllame... Reconozco que aguzas bien el ingenio para ello.

LIA. Si tuviera dos almas, te daría una de ellas.

LAM. Pero no tienes más que una y esa la quieres para Lisardo... Ya veo que no hay remedio. Antes lo había. Podía ganarse la voluntad de la mujer. El oro era un talismán para domar su resistencia. No hay oro tampoco en esta República. Todos somos pobres y todos somos ricos... ¡Qué fatalidad! ¡Qué fatalidad!

LIA. Padeces la obsesión de los sentidos. Suspiras por aquellos tiempos en que el dinero se hacía dueño de la mujer.

LAM. Ello es que se rendía a las exigencias del amor...

LIA. ¿No te caen las lágrimas pensando en aquella injusticia social que descalificaba a la mujer, poniendo el inri de la prostitución en su parte? ¿Quién la traicionaba? Su buena fe; su cándida juventud. ¿Quién la vendía? Su desgracia, su miseria. ¿Quién la arrojaba al vicio? La indefensión en que la dejaba la sociedad. ¿Quiénes la difamaban en público? Los mismos que en privado solicitaban sus favores. ¡Pobre mujer la de aquellos tiempos! Ella es la única que puede arrojar su corona de espinas a la faz de ese mundo traidor que tanto acaricias y de ese dinero miserable que tanto ambicionas.

LAM. ¿Te agrada este ambiente de libertad? A mí me asfixia. Soy un hombre obscuro, atrasado. Tosco como piedra sin labrar. No sé ni quiero saber nada de historia. Sólo sé que te quiero de un modo que es absoluto. ¿Será que yo sobro?... Bueno. ¿Qué mi pasión es como la mala yerba que crece en campo florido?... Bueno; pero hombre soy. Trabajo como todos... Sé cumplir

con mis deberes de ciudadano. Sólo hay una diferencia, y es que quiero como ninguno. En mi pensamiento no hay más que una imágen. Esa eres tú. Así es que mi pensamiento se ha entumecido. Y mi sueño es siempre el mismo. Te veo con él... con Lisardo. Desaparecéis entre el ramaje, cogidos del brazo, y luego asomáis entre flores, sonriendo. Hay unos ojos que se fijan en esos ojos y no son los míos. Hay unos labios que se posan en tus labios y no es mi beso el que estalla, es el de Lisardo... Y todo junto me desespera. Me levanto para ir al trabajo, con la boca seca y los ojos turbios, como si me hubiera embriagado la víspera, a mí que no me gusta el vino... Y gracias que tropiezo con dos pedazos de cielo, que son los ojos de mi madre... Y gracias que allí se descarga la tempestad; por que a no ser por eso... Liana... ¡a no ser por eso!...

LIA. ¡Infeliz! ¿Qué harías?

LAM. ¿Qué haría?... ¡No!... ¡no quiero decirlo!...

LIA. Descarga tu cólera... Fulmina el rayo... Mi frente espera el golpe, resignada.

LAM. Me estoy mordiendo la lengua para que no salga. ¡Así!... ¡Así!... Nada temas... Ya estalló por dentro. Ya estalló por dentro.

LIA. Te habrás hecho pedazos el corazón.

LAM. Tranquilízate... No ha caído el rayo sobre ningun árbol frondoso... Cayó sobre ruinas... Sobre escombros, donde sólo germina la planta amarga y venenosa de los celos... Tierra por medio... ¡Adiós!

LIA. ¿Te vas así, desesperado?

LAM. Tú me arrojas.

LIA. Me haces llorar...

LAM. Vete con el poetastro.

LIA. ¿Le llamas poetastro?

LAM. No sé quién le dió el título de Poeta del Pueblo. Si fuera poeta, sería un ángel y no

se hubiese enamorado de ti lo mismo que un hombre.

LIA. Anda y que Dios ilumine tu cerebro.

LAM. Yo no tengo cerebro... Por eso no hago versos ni me rinden homenaje con pétalos de flores.

LIA. Y por eso te has enamorado de mí como un loco. Vete, Lamark, vete. (Vase Lamark, izquierda.)

ESCENA VI

LIANA

LIA. Estas son las espinas que tienen nuestras flores de libertad. Que abandone a Lisardo. ¿Y para qué? Para hacerme su esclava... ¿Por qué se anubla mi corazón? ¿Por qué tiemblo de este modo? ¿Qué parte tengo yo en ese daño?... ¡No!... ¡No!... Debo tranquilizarme, aunque para ello tenga que hacer un gran esfuerzo... Ya he recobrado la calma. ¿No es suya la culpa? ¿Por qué ha de ser mío el remordimiento?... ¡Ah! Lisardo viene.

ESCENA VII

Dicha, LISARDO, derecha

LIS. ¿Te encuentro sola?

LIA. Estoy bien acompañada con mis pensamientos.

LIS. Y rodeada de flores silvestres, llenas de encantadora poesía... (Preparándose para hacer una de sus coplas favoritas.)
Las flores silvestres son...

LIA. (Atajándole.) ¡Alto!... No hagas versos. Te lo suplico. ¿Quién no sabe lo que son las flores silvestres?

LIS. Te hablaré en prosa.
LIA. Es preferible.
LIS. Qué sequedad la tuya. ¿Te habré enojado?
LIA. Mucho...
LIS. ¿Por qué?
LIA. Porque me llamas tu reina y no lo soy.
LIS. ¿Quieres hacerme tu esclavo?
LIA. Quiero que seas mi hombre.
LIS. Y tú, en cambio, ¿no estabas ahora con Lamark?
LIA. ¿Nos has visto?
LIS. Desde lejos. Aguardé a que él se marchase para venir..
LIA. ¿No éráis amigos?
LIS. Lo éramos; pero él se ha retirado porque te ama como un loco.
LIA. ¡Pobre Lamark!
LIS. Yo también le compadezco.
LIA. Fuese desesperado
LIS. La piedad es una ganzúa con la cual, se abre el arca del pecho más cerrada.
LIA. No se abre con ganzúas el corazón.
LIS. ¿De modo que?...
LIA. Le he desengañado.
LIS. Entonces ya eres mi reina.
LIA. Así... ¿Tan pronto?
LIS. ¿Lo dudas?
LIA. Te has dejado vencer con suma facilidad.
LIS. Ponme a prueba.
LIA. Lamark me gusta porque no hace versos.
LIS. Buen golpe... Ya has hecho pedazos mi lira.
LIA. ¿Rompes tu lira?
LIS. Por ti.
LIA. ¿Desde cuando?
LIS. Desde hoy.
LIA. ¡Qué lástima! ¡Ya no habrá poesía!
LIS. Aquí de la frase del poeta. Mientras no se apague la hermosa luz de tus ojos... mientras haya carmín en tus labios y nácar en tu frente... habrá poesía.
LIA. Ya salió el poetastro.

LIS. Tú puedes llamarme poetastro porque soy poeta. Yo pudiera decir que eres fea porque eres hermosa... de modo que estamos en paz.

LIA. ¡Me ganas a ingenio!

LIS. Lo siento.

LIA. ¿Por qué?

LIS. Porque eres mi reina y quisiera que lo fueras en todo. ¿Por qué suspiras?

LIA. Por tu amigo que es un desgraciado

LIS. Gira tu alma bella hacia Lamark.

LIA. ¿No encuentras que es una pena muy grande saber que sufren los demás mientras la dicha nos rodea?

LIS. ¡Cómo nos parecemos! Somos dos gotas de agua... De agua dulce.

LIA. Esta vez es amarga. No rompas tu lira... Acaba aquellos versos.

LIS.
Las flores silvestres son
lucecitas de la tierra...
el fuego de Dios que oculto
en los campos reverbera.

LIA. ¡Ah, Lisardo! ¡Qué copla te ha salido esta vez tan bella!

LIS. ¿Así lo crees?

LIA. ¡Qué bien has sabido unir los pedazos de la lira rota!

LIS. ¿Ah, Liana... Mujer mía!

LIA. Esa copla no solo te hace mi hombre... Te hace mi señor.

LIS. (Señalando al monte derecha. Mira quienes asoman por aquellas veredas.

LIA. Tu madre. El hijo, el Poeta del Pueblo. La madre, maestra de la República.

LIS. Viene también la madre de Lamark.

LIA. Rodeadas del pueblo.

SERV. (Dentro derecha.) ¡Viva Marta!

PUEBLO ¡Viva!

LIA. ¡Como la vitorean!

LIS. ¡Santa y bendita mujer!

LIA. ¿Y nosotros!

LIS. Vamos a la Ribera. Hoy el mar lame las

las rocas como un corderillo. ¿Quieres que vayamos cogidos del brazo por la lengua del agua?

LIA. (Al hacer mutis por la izquierda cogida del brazo de Lisardo.)

Las flores silvestres son
lucecillas de la tierra.
El fuego de Dios que oculto
en los campos reverbera.

(Vanse por la izquierda.)

ESCENA VIII

Aparecen por la montaña derecha MARTA apoyada en un bastón a estilo de báculo. FLORA y JACINTA, acompañadas de PLUTARCO, FRANKLIN, SERVET y el Pueblo que ha de ser numeroso. MARTA trae el ramo de flores que le entregara JACINTA.

FRAN. (Ofreciéndole el brazo a Marta.) En mi brazo.

MAR. ¿Tratáis de llevarme en andas como se hacía antiguamente con los Santos que llevaban en las procesiones?... Dejadme... Dejadme... Soy más fuerte de lo que pensáis. Con este pequeño bastón que es mi báculo, sostengo yo mis setenta años mejor que los emperadores sus tronos carcomidos.

FRAN. ¡Viva la maestra de la República!

PUEBLO ¡Viva!

MAR. Eso quiero, hijos míos. (Plutarco ofrece a Marta un banco rústico para que tome asiento a la izquierda.)

PLUT. Toma asiento en este banco rústico.

MAR. ¿No hay otro para Flora? ¿O es que creéis que no hay más que ochenta años en el mundo de la ancianidad?

FRAN. Aquí hay otro. (Tomando Flora asiento en el lado de Marta.)

FLO. Gracias, hijos.

MAR. Aquí se respira muy bien. ¡Qué brisilla tan

agradable correr!... ¡Cómo asoman sonrientes las florecillas y qué bien suena en los oídos la musiquila que sale de las fuentes... Buenos heraldos tiene este año la primavera!... Aquí traigo otra muestra... Yo me muero por las flores, y Jacinta que no quiere ver muerta a su abuelita, me llena el regazo todas las mañanas. Y con el obsequio me trajo un beso de Liana.

JACIN. No sabéis lo más prodigioso. Liana besó el ramo y mi abuelita dijo al poner sus labios en las flores... Por aquí anda un pedazo de alma. Cabalmente, lo que presintió Liana.

PLUT. Todo lo sabe.

FRAN. ¡Es un portento de sabiduría!

MAR. No seáis aduladores. Por algo me dieron el título de maestra superior de la República. El relieve que dáis a mi experiencia se debe a la poca que tenéis vosotros.... Voy a desencantaros. Jacinta me dijo que antes de venir habló con Liana. Y es claro, yo dije: Liana ha besado estas flores sabiendo que son para mí. Por mucho menos se hacía antes un milagro; y ¿sabéis para quién era el beso? (Pausa.) Pues era para mi hijo Lisardo.

PUEBLO ¡Ah!

SERV. ¡Sublime!

PLUT. ¡Soberbio!

MAR. ¡Regocíjate, Flora! Estos hombres encuentran sublime a la verdad. No son malos ciudadanos.

SERV. ¡Viva Marta!

PUEBLO ¡Viva!

MAR. Eso es; y a Flora que la parta un rayo.

SERV. ¡Viva Flora!

PUEBLO ¡Viva!

MAR. Que lo recordéis, hijos, que lo recordéis. No me hagáis tirar tantas veces del hilo. Ahora aprovechemos en algo que sea útil el tiempo. No hagamos como aquellos que

creen de buena fe que sólo puede hacers feliz a la vida encerrándola en un pas continuo de comedia.

FRAN. ¿Podemos ya preguntar?

SERV. Se abre el curso.

MAR. Ya conocéis mi tema de estudio. No ha cosa alguna, ni buena ni mala, donde n se ponga de manifiesto, más o menos ocul tamente, la sabiduría de Dios. Preguntа cuánto queráis.

PLUT. Inaugura, tú, la sesión, ciudadano Servet

SERV. Empieza tú, Franklin.

FRAN. No nos atasquemos en remilgos. Allá voy En días de tormenta, el mar embravecid se estrella furiosamente contra las rocas ¿Qué necesidad tiene Dios de armar tant ruido en la costa? Vamos a ver.

MAR. ¿No eres tú forjador de hierro?

FRAN. Elegí ese oficio.

MAR. ¿Y qué necesidad tienes tú de armar tant estrépito en el taller, dale que le das en e yunque?

FRAN. Yo necesito partir el lingote.

MAR. Y el mar necesita partir a la roca. Los do tenéis el mismo oficio.

FRAN. Puede que sea verdad.

MAR. Y tanto. Dios está forjando a golpe de ma za el planeta en que vivimos, para que d día en día nos vaya ofreciendo mayor hos pitalidad.

SERV. Ahora tú, Plutarco.

PLUT. Yo seré más gráfico. Hay insectos qu chupan la sangre y mortifican la piel. Y no veo en eso la sabiduría de Dios.

MAR. Porque estás ciego.

PLUT. Quítame la venda.

MAR. De un tiron. Dónde falta la limpieza, ¿Qu ocurre? Qué asoma enseguida el maestr de la casa.

PLUT. ¿Llamas maestro al parásito que nos chup la sangre y mortifica la piel?

MAR. Claro que sí.

PLUT. ¿Y que le enseña al hombre semejante maestro?

MAR. Le enseña a ser limpio. Te parece poco.

PLUT. Es verdad.

FRAN. Tiene razón.

MAR. Pregunta, Servet.

SERV. ¿Que falta hacen los tiranos y déspotas que aun reinan en otras naciones? ¿Dónde está en eso la sabiduría de Dios?

MAR. ¿Os pusistéis de acuerdo Plutarco y tú?

PLUT. No, por cierto.

MAR. Lo digo porque ambos me hacéis la misma pregunta. Aplicad a este caso el de los parásitos y veréis que bien se ajustan. Así como donde no hay limpieza asome al punto el maestro de la casa, o sea el parásito que obliga al hombre a ser limpio, donde hay tiranía sale enseguida el maestro de la nación o sea el azote que obliga al ciudadano a ser libre. Cada cual enseña a su manera y Dios ha escogido ese método de enseñanza que le da muy buenos resultados.

SERV. ¡Admirable!

PLUT. ¡Admirable!

FRAN. Y cuando un barco se sumerje en el mar y perece ahogada toda la tripulación. ¿También hay en eso sabiduría?

MAR. A ti te escuece todavía lo del yunque y no habrá quien te saque del mar y sus arenas. Ahí es donde más resplandece. ¿Qué quisiérais? ¿Qué Dios calmase la tempestad para que el barco no se hundiese? (Pausa.) Habéis enmudecido. Eso es de buen agüero. No le hacéis tan desprovisto de sentido común. Si cada vez que un barco corre peligro se calmase el mar para evitar el naufragio, ¿sabéis lo que hubiera ya ocurrido? Los hombres estarían aún navegando en cancas a estilo de los fenicios y el mar se hubiese ya convertido en un inmenso lago de aguas corrompidas.

PLUT. Es verdad.

SERV. Es verdad.

FRAN. Perdona mi ignorancia.

MAR. Dios no quiere que el barco se hunda. Nada de eso. Lo que quiere y lo que consigue, es que el hombre cultive su entendimiento para que pueda cruzar los mares, dominando los elementos embravecidos, con sus barcos, sus máquinas y sus hélices. Así se ponen de acuerdo las dos cosas necesarias: la tempestad y la navegación. Se evita el naufragio y se eleva el espíritu.

SERV. Y ese don para conocer dónde se halla oculta la sabiduría de Dios, ¿cómo se adquiere?

MAR. Es muy sencillo. No hay más que seguir, en todo caso, la ley natural. Debajo de ella está el secreto. Os citaré un ejemplo: ¿Qué hace la Naturaleza con los cuerpos que ya no tienen vida? Descomponerlos... Los gusanos son los obreros que se encargan de realizar ese trabajo. Ahí tenéis la enseñanza. ¿Qué debe hacer el hombre? Lo que ha hecho esta República: aprovecharse de esa lección que da la Naturaleza, quemando los cadáveres para descomponerlos como hacen aquellos obreros con ahorro de tiempo y trabajo. ¿Qué resultados se obtienen? Los más excelentes. Se limpia de microbios la atmósfera en beneficio de la salud pública. Se suprime el cementerio que es un lugar muy feo, aunque se cubra de flores. Se obliga a las gentes a no confundir el respeto a sus muertos con el respeto a los cadáveres, haciendo que pongan sus epitafios sobre el corazón y no sobre el marmol, y se evita el espectáculo inmoral que ofrece el dinero, huyendo del hogar de los vivos, donde hace falta, para hacer ostentaciones

en el hogar de los muerto donde nadie lo necesita.

SERV. ¡Viva Marta!

PUEBLO ¡Viva!

PLUT. Marta. El ciudadano Darwin.

FRAN. El Presidente Gobernador.

MAR. ¡Ah! Cuánto me alegro. Viene a verme sin duda; Flora, Jacinta, hijos míos, retiraos, os lo ruego... Dejadme a solas con el Presidente.

FLO. Con mucho gusto. (Vanse todos por la falda del monte por donde vinieron. Antes de que hagan mutis aparece el Presidente por la derecha).

PLUT. ¡Viva el padre del pueblo!

PUEBLO ¡Viva!

SERV. ¡Viva el Presidente Gobernador!

PUEBLO ¡Viva!

DAR. Gracias, hijos míos... Gracias, ciudadanos. (Vanse por la montaña).

ESCENA IX

El Presidente DARWIN apareció por la derecha con el Doctor LEIBNITZ y otros CIUDADANOS. (Se adelanta para recibir a MARTA, que deja su asiento con objeto de hacerle los honores de la llegada).

MAR. Bien venido, ciudadano Presidente.

DAR. Salud y elevación de espíritu, Marta.

MAR. Salud y elevación.

DAR. Recupera tu asiento. (Obligándola cariñosamente a que vuelva a su asiento).

MAR. Muchas gracias.

DAR. Recibí tu radiograma.

MAR. Te pedí audiencia, mas no con tanta premura.

DAR. Mi deseo por complacerte la ha anticipado.

MAR. ¡Ah! Allí veo al sabio Doctor Leibnitz.

LEIB. Salud y elevación, Marta.

MAR. Salud y elevación a todos, ciudadanos. (Todos se inclinan para responder al saludo de Marta.)

DAR. Me quedo un instante. Dispensad, compañeros. (Vanse por la derecha todos los que acompañan a Darwin.)

ESCENA X

MARTA, DARWIN

MAR. Estarás abrumado por tus muchas ocupaciones.

DAR. Todo mi oficio de gobierno se reduce a dar buenos consejos. Suprimir los choques y hacer que imperen los contrastes que son armónicos. ¿Y tú?

MAR. Desflorando lecturas. Los filósofos ya me cansan. Acabarán por aburrirme. Todo es girar en torno de lo que ya se sabe. Así es que la verdad siempre se halla fuera de ese círculo. Ocúrreles como al pescador tozudo, que se empeña en echar su red donde no hay peces.

DAR. Tu inteligencia supera a la de los filósofos. Bien que se derrama entre los hijos de este pueblo.

MAR. Algo aprovechan los pobrecillos... Hay que destruir por completo esa mala opinión que algunos tienen formada de que la libertad del espíritu es atea.

DAR. No lo extrañes, Marta. Tantos crímenes históricos se han cometido invocando el nombre de Dios, que tarda en recuperarse el buen sentido.

MAR. A esa tarea me consagro principalmente.

DAR. Bien, Marta, bien... Ahora dime. ¿Qué interés te ha movido para pedirme audiencia?

MAR. Uno muy grande.

DAR. Ya te escucho.

MAR. He recibido la visita de Flora, la madre de Lamark. Flora se echó en mis brazos anegada en llanto, diciendo: «¡Mi hijo, Marta, mi hijo!»

DAR. ¡Cómo! ¿No es buen hijo?

MAR. Me refirió el motivo de su pena. Lamark se ha enamorado ciegamente de Liana, lo propio que mi hijo Lisardo.

DAR. Una rivalidad amorosa. ¿Y Liana?

MAR. Prefiere a Lisardo.

DAR. Ella es la que decide.

MAR. Lamark no se conforma.

DAR. Un caso de disciplina interior. Tiene que conformarse.

MAR. No sabe contener sus pasiones.

DAR. ¿Acaso no es hombre?

MAR. Se trata de un atávico.

DAR. ¿Y eso aflige a la madre?. . Lo comprendo.

MAR. Su aflicción tiene una causa más honda. Lamark sueña... La madre vela... y Lamark dice en sueños. ¡Será mía! ¡Solo mía! ¡Pese a la República! Pese al mundo entero!

DAR. ¡Soñar! ¡Se puede soñar

MAR. Mas luego despierta y...

DAR. (Con tono muy severo.) ¿Sigue soñando?

MAR. Se aferra a su mal pensamiento.

DAR. ¿Si? ¿Y la madre?

MAR. Vive alerta. Se ha convencido de que su hijo está desesperado. El otro día le oyó decir, bien despierto, creyéndose solo: «Ese poetastro contempla el mar desde la elevada roca que parece cortada a pico... Allí se inspira al caer la hostia de fuego como él dice para hacerle versos a Liana... ¿cómo no resbale un día y se cae?... El Oceano le tragaría».

DAR. ¡Qué horror!

MAR. No he concluído.

DAR. ¿Aun es más negra su esclavitud?

MAR. Bajaré la voz porque me espanta tener que decirlo... Acabó su obscuro pensamiento, exclamando... ¡Puede que resbale!

DAR. (Paseándose poseído de la mayor sorpresa e indignación.) ¡Un homicidio!... ¡Un homicidio perpetrado en esta República! ¡Aquí donde

se respeta hasta la vida de los pájaros. En este pueblo donde se rinde culto y veneración a las flores...

MAR. ¡Lisardo! Mi hijo Lisardo!

DAR. La sombra de Caín cerniéndose como una ave obscura sobre la conciencia tranquila y serena de este pueblo.

MAR. ¡Lamark! ¡El pobre Lamark!

DAR. Qué caso de atavismo tan espantoso.

MAR. ¡Ay de mí! Si estalla el rayo en aquella nube, preñada de amenazas... ¡Ay de la madre si el hijo a quien adora, infringe la ley del respeto a la vida! ¡Ay del propio siervo de sus pasiones si éstas le avasallan hasta el punto de hacerle perder la hermosa serenidad del espíritu!... ¡Ay también de Liana!

DAR. Liana no. Liana aparte. En ella reside la ley. Suyo es el depósito sagrado. No hay que tocar a su libertad porque es omnímoda. El derecho social a un lado. El derecho ilegislable a otro. Aquí está el eje sobre el cual deben girar todos los actos de buen gobierno. Se trata de una propiedad que la pertenece por completo. Si la sociedad no se funda sobre este principio, tiene que ser mala necesariamente... Perezca el pueblo... Perezca la Sociedad, pero que nadie atente contra el derecho inviolable que tiene esa mujer para mandar en su cuerpo y en su corazón, mientras yo sea Presidente Gobernador de esta República.

MAR. Así se gobierna, ciudadano... caigan a tus pies los pétalos de las flores.

DAR. Hay que libertar a ese desdichado. ¿Dónde está Lamark?

MAR. Te anticipas a mis deseos. Solo tú puedes conjurar el conflicto... Antes le vi desde lo alto de la montaña como se dirigía al Peñón de Miramar. Mírale... Allí está... (*Señalando a la izquierda.*)

DAR. Aquella es la roca que parece cortada a pico.
MAR. La misma.
DAR. ¿El balcón del Océano como dice el poeta?
MAR. Efectivamente... ¡Ah! Ya sé... Ya sé... Liana y Lisardo deben ir por la Ribera.
DAR. ¿Y Lamark les sigue con la vista?
MAR. Con el rencor del alma que se escapa de los ojos.
DAR. Con el odio germinador del drama.
MAR. Ya desciende.
DAR. Pues que venga hacia aquí.
MAR. Hacia aquí se dirige.
DAR. Que no nos vea juntos. Apóyate en mi brazo y apartémonos algo de este lugar. Me convertiré en su espía.
MAR. Un momento, Darwin. El dolor que se produce por la lucha no me cansa, pero sí la emoción que me produce toda mala idea. Déjame reposar un poco mientras él se aproxima.
DAR. Toma fuerzas. Hay tiempo. (Vase a la izquierda para mirar por donde viene Lamark y dice aparte.) Por allí viene la tempestad cobijada en el fondo de un cráneo. Vuelve los ojos a cada instante para mirar a la orilla. ¡Hay algo más inmenso que el Mar! ¡La pasión humana!... ¡Imán que la atrae!... ¡Fuego que le seduce!... ¡Hay que compadecerle!... ¡Era un hombre y se ha convertido en un miserable autómata!... Se acerca.
MAR. Ya puedo andar... Vamos.
DAR. Animo.
MAR. Torre altiva es mi espíritu, pero un mal pensamiento carcome al punto su viejo pedestal. (Vanse cogidos del brazo por la derecha.)

ESCENA XI

Aparece LAMARK por la izquierda

LAM. La roca está muy alta... Todos los días, al atardecer, cuando el Sol se pone... asoma

allí el coplero... La idea es obscura y atrevida; pero de seguros resultados... El mar ha horadado las rocas, al pie mismo de la montaña y está allí muy hondo... Los tiburones coadyuvarían a mi plan... Lo devorarían así que cayese... De este modo nadie lo advertiría... La desaparición sería un misterio... Liana se mostraría rehacia al principio, más luego me rendiría su volundad... Oigo ruido de pasos... ¿Quién es? ¿Qué miro? ¡El Presidente Gobernador!

ESCENA XII

Dicho. DARWIN por la derecha.

DAR. El mismo.
LAM. (¿El Presidente aquí?)
DAR. ¿No estrechas mi mano, ciudadano Lamark?
LAM. ¡Ah! ¡Sí! (Le estrecha la mano.)
DAR. Salud y elevacion de espíritu.
LAM. Salud y elevación.
DAR. Estás calenturiento... Se nota al estrechar tu mano. Que te vea mañana el Doctor Leibnitz.
LAM. ¿El Doctor Leibnitz?
DAR. ¿Por qué te maravillas?
LAM. ¿El sabio alienista que asiste en el Sanatorio a los locos?
DAR. El mismo.
LAM. ¿Y crees que yo necesito?
DAR. No te confundas. Yo sé que no estás loco patológicamente, pero hay muchos géneros de locura. Quiero darte una prueba de gran amistad. El Presidente Gobernador ama a los hombres libres de esta República... ¿Eres tú libre?
LAM. Por tal me tengo... ¿Qué significa?
DAR. Voy a explicártelo; pero antes, serena el espíritu. Contempla en mí al más desinteresado de tus amigos. Aquí no hay autori-

dades... No hacen falta; pero es a condición de que los ciudadanos no las hayan de menester.

LAM. Te escucho con profunda atención.

DAR. Ser libre no es hacer lo que uno quiere. La libertad consiste en dar buen régimen a las pasiones que se consideran inevitables... Vete a un desierto... Allí haz lo que te acomode... Esa es la libertad en el desierto. Formas parte de un conjunto social... En este caso aquella libertad tiene que restringirse y relacionarse en beneficio de todos. Cada hombre tiene un radio de acción. En la vida social esos radios se cruzan y ponderan. Así es como se produce el necesario equilibrio que evita el libertinaje de unos en perjuicio de la libertad de otros. ¿Es bien comprensible esto para tu inteligencia?

LAM. Lo es.

DAR. Hay una libertad sagrada, inviolable. Los legisladores se empeñan en desconocerla, aun en aquellas naciones que se tienen por muy civilizadas. La libertad de las funciones naturales que no se salen de la esfera individual. Fíjate bien en esto. Hay cosas que nos pertenecen; que son sólo nuestras o de cada uno; y otras que son de todos. Por ejemplo: El dinero es de todos... la propiedad es de todos... el derecho a la vida y a la inteligencia es de todos... pero aquellos dotes que se nos han legado sin nuestro consentimiento: los órganos, los sentidos, la conciencia... todo eso es de la pertenencia exclusiva de cada individuo... Aquí se halla incluída la libertad de la mujer.

LAM. ¡Ah!

DAR. ¡La mujer! ¡Pobre mártir del embrutecimiento de los hombres!... Sacrificada estérilmente en los altares de los antiguos Dioses... Esclava en el harem de viejos

sultanes corrompidos... Sierva obligada del señor feudal, ha encontrado en esta República su legítima redención. Las sociedades imperfectas la han vendido; la han deshonrado innecesariamente, ultrajándola hasta arrojar la mancha de la impureza sobre el don fecundo de la maternidad. Aquí la mujer ya es libre... Cuando un hombre pone en ella sus ojos no tiene que montarse en el caballo de Atila para asaltar su voluntad... Tiene que conquistarla buenamente, y si la plaza no se rinde, debe retirarse con orden, poniéndole bridas, si es necesario, a las trotadas del corazón... Un hombre siente deseos vehementes de hacer una cosa, pero la cosa es mala y no la hace... Aquí tienes un sencillo ejemplo de la hermosa libertad del espíritu. Esto es lo que hacen los buenos ciudadanos que estiman el valor de su derecho, dando pruebas de la estimación que le merece el de sus compañeros... Voy a concluir. Ven a verme, cuando puedas decirme: ¡Ya soy libre, ciudadano Presidente! Entonces yo podré decir a los demás, señalándote con orgullo: Rendidle homenaje, compatriotas. Ha sabido vencer una pasión que se tenía por indomable. ¡Esto es un hombre! ¡Adiós, Lamark!... ¡Adiós, ciudadano!

(Acaba el Presidente en voz muy baja y solemne. Lamark no osa levantar los ojos del suelo. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO II

Salón espléndido en el Palacio del Pueblo, con salidas al foro y laterales. A la izquierda, una mesa escritorio

ESCENA PRIMERA

DARWIN, escribiendo

DAR. «Ciudadano Lisardo: Deja el trabajo en que te halles y ven a verme en el Palacio del Pueblo. No pierdas ni un solo instante. Salud y elevación de espíritu. Presidente Darwin.» (Cierra el pliego dentro de un sobre y toca un timbre.) Hay que evitar a toda costa el peligro que corre la vida de Lisardo.

ESCENA II

Dicho y ciudadano UJIER, por el foro

UJIER ¿Llamas, Presidente?

DAR. Sí. Dispón que vayan en busca del poeta Lisardo. Haz que llegue a sus manos este pliego con toda urgencia.

UJIER Está bien. (Hace medio mutis.)

DAR. Un instante.

UJIER ¿Qué falta?

DAR. ¿Quién hay en la antesala?

UJIER Nadie.

DAR. Si llegan los extranjeros que han venido a honrarnos con su visita, que tengan la bondad de esperar algunos momentos. (Vase el Ujier por el foro.)

ESCENA III

DARWIN

DAR. También hay luchas en los pueblos libres. Nunca podrá despojarse por completo de sus nativas y obligadas imperfecciones a la naturaleza humana. ¡Lamark no viene! ¡Sigue siendo esclavo! Mis palabras no consiguieron levantar al hombre caído. Hay que impedir que lleve a cabo el crimen que medita. Por lo que respecta a Liana, pondré a salvo el libre ejercicio de su derecho. Hora es ya de que la mujer se redima de su largo y penoso calvario. ¡Ah! El Doctor Leibnitz. ¡Adelante, Doctor!

ESCENA IV

Dicho y DOCTOR LEIBNITZ, por el foro

LEIB. ¡Salud y elevación, Presidente!
DAR. ¿Has estudiado a ese loco?
LEIB. Profundamente... He cumplido tu encargo y me han bastado los informes que he adquirido. Lamark es un espíritu que se ha estancado... No es un hombre nuevo... Tiene todos los impulsos de la especie anticuada... Para señor feudal de los tiempos medioevales, no tendría precio... Ha sido una lástima que haya nacido en esta época... Entre nosotros resulta un incivil... un atrasado... Es un enfermo. ¡Un loco!
DAR. ¿Y el plan curativo?
LEIB. Te parecerá muy sorprendente.

DAR. Ardo en deseo de conocerlo.

LEIB. Lamark acaricia la idea de arrojar a Lisardo desde lo alto del peñón para que desaparezca en el mar y le deje libre el corazón de Liana... Pues bien; colaboremos nosotros a ese mal pensamiento... Hagamos desaparecer a Lisardo antes de que Lamark cometa su crimen.

DAR. Desarrolla, desarrolla tu proyecto.

LEIB. Resultan infructuosas cuantas pesquisas se hacen para encontrarle... Estalla en una explosión de pena el alma nacional herida. A los ojos de Lamark se ofrece aquel espectáculo como un cuadro de dolor que él mismo hubiese pintado en el fondo de su conciencia.

ESCENA V

Dichos y ciudadano UJIER, por el foro

UJIER Un pliego urgente.

DAR. ¿Quién lo ha traído?

UJIER Un ciudadano marinero.

DAR. Que espere. (Vase el Ujier.)

ESCENA VI

Los mismos menos UJIER

DAR. Con tu permiso, Leibnitz.

LEIB. Lee.

DAR. (Abre el pliego y lee.) ¡Poder Divino!

LEIB. ¿Qué ocurre? Tu rostro se ha inmutado. Calma.

DAR ¡Impetu formidable de las pasiones humanas! ¡Ese desgraciado ya ha cometido su crimen!

LEIB. ¿Cuándo?

DAR. Ayer tarde.

LEIB. ¿Ha matado a Lisardo?
DAR. Le arrojó al mar desde el peñón.
LEIB. ¡Horror!
DAR. Ahora soy yo quien te pide calma. No es la desventura tan grande como podía haber sido. Entérate. (Le da el pliego.)
LEIB. (Leyendo.) «Ciudadano Presidente: Ayer el poeta Lisardo se cayó desde lo alto del Peñón al mar. Era la hora del crepúsculo. Su muerte hubiera sido inevitable a no hallarme yo cerca de mi barca. Acudí en su auxilio y pude salvarle, conduciéndole a mi casa que está cerca de la orilla. Como el golpe fué muy duro tardó en recobrar el conocimiento. Ya se halla fuera de peligro, pero le he retenido en mi hogar hasta que tú dispongas lo que creas más acertado. Salud y elevación. Ciudadano Alejandro.»
DAR. ¿Opinas como yo que?...
LEIB. Sí; opino que ha sido Lamark.
DAR. No es un hombre.
LEIB. Es una máquina.
DAR. ¿Y ahora?
LEIB. El mal ya está hecho. Salvemos a Lamark. Saquémosle de su férrea esclavitud.
DAR. ¿Llevándole al Sanatorio?
LEIB. Este es un caso excepcional... Su médico será su propia conciencia. Mi plan no ha variado. Se abrirá un abismo entre él y Liana. Sentirá el vacío en torno. Sobrevendrá la crisis y cuando ésta se halle en su periodo álgido, haremos que Lisardo aparezca a sus ojos como un resucitado. Así puede solucionarse su locura. Así es como la pasión podrá devolvernos al hombre libre.
DAR. Te admiro; eres un profundo analista del alma humana.
LEIB. ¿Permites que yo dirija?
DAR. La ciencia dirige.
LEIB. Me voy con ese marinero a la casa donde

se halla Lisardo. Le traeré en un coche a ese Palacio y le encerraremos en uno de los aposentos más retirados para que nadie se entere de lo ocurrido y que sea su salvación un secreto.

DAR. Será muy fuerte el dolor del pueblo si Lisardo no parece.

LEIB. No es posible redimir al hombre sin dolores ni fatigas.

DAR. Es verdad. No pierdas tiempo.

LEIB. Adiós.

ESCENA VII

DARWIN

DAR. ¡Oh! ¡Qué ceguera la de ese desdichado! El acto qne ha cometido le pone al nivel del Bruto, del Sér irracional. ¿Y si le hubiese matado como él quería? Mi espíritu se estremece pensando en esa enorme desdicha... Parece que Dios ha puesto aquí su mano generosa... Lisardo dirá que se ha caído. Así evita que su compañero y amigo sea objeto de la execración del pueblo. Ese es el hombre... (Dentro rumores.) ¿Tales rumores? Deben ser los extranjeros. (Aparece el ciudadano Ujier por el foro.)

UJIER Acaban de llegar.

DAR. No les detengas. (Vase Ujier foro.)

ESCENA VIII

Aparecen por el foro EXTRANJEROS 1.º, 2.º, 3.º, acompañados de PLUTARCO, FRANKLIN, SERVET y otros muchos Ciudadanos.

(Los extranjeros visten con suma elegancia. Darwin espera situándose detrás del sillón.)

EXTRA. 1.º Ya estamos de regreso, señor Presidente.

DAR. ¿Han visitado nuestras fábricas, museos y escuelas?

PLUT. Falta mucho que recorrer todavía.

EXTRA. 1.º Estamos profundamente admirados. Qué actividad tan extraordinaria en todos los talleres.

EXTRA. 2.º Qué inteligencia y esmero en las labores...

EXTRA. 3.º ¿Y en el arte?

EXTRA. 1.º Qué obras tan portentosas.

DAR. Creo sinceros esos elogios y los acepto.

EXTRA. 1.º Me ha encantado el tipo de la mujer libre. He tenido la fortuna de hablar con una preciosa joven que se llama Jacinta. Es una muchacha ideal.

EXTRA. 2.º A la verdad creímos que...

DAR. Acabe la frase... ¿Creían que con el libre ejercicio de la voluntad, el amor, daba otros frutos?

EXTRA. 2.º Efectivamente.

DAR. Ese es uno de los grandes errores de las viejas sociedades... Así como, haciendo común a la propiedad, desaparece el robo; así también, dando libertad al amor, desaparece el vicio con toda su corte de deshonestidades y desenvolturas. La deshonra, la prostitución y el adulterio se producen como los miasmas, en aguas estancadas. Las sociedades mal constituídas están llenas de esas lagunas. La libertad es como el agua corriente. No ofrece el menor peligro.

EXTRA. 1.º Y la familia. ¿Cómo se ha constituído?

DAR. Ensanchando su esfera de acción. Antes se reducía a las cuatro paredes de una casa. Ahóra se halla en toda la ciudad el hogar de la familia. Hay padres de hecho, pero no de derecho. La filiación legal del padre ha desaparecido. Oficialmente el hombre no tiene derecho alguno sobre la mujer. De este modo se han resuelto todas las dificultades que ofrecía el derecho natural. Este se respeta pero no se legisla.

Cuantos nacen, tienen aquí una madre positiva y en cada ciudadano un padre cariñoso. El esfuerzo común o sea el trabajo de todos, atiende a la subsistencia del niño y al cultivo de su inteligencia. Cuando son mayores se convierten en compañeros y hermanos. El sentimiento de la paternidad evoluciona y se transforma en cariño fraternal. Asi todos somos compañeros y hermanos en esta República.

EXTRA. 1.° Es admirable.

EXTRA. 2.° Pero, y las ambiciones. ¿Cómo se corrijen o limitan?

DAR. La ambición entre nosotros carece de objeto porque todos tienen el camino abierto para realizar sus legítimas aspiraciones. En vuestra Sociedad hay ambiciosos porque se han inventado satisfacciones que son indignas de la gran familia humana. Se han inventado goces que solo pueden satisfacer los privilegiados de la fortuna. Aquí se han suprimido todos los bienes y honores que se deben al accidente. No hay herencias... No hay golpes de suerte favorables... Las necesidades se satisfacen y regulan por un cambio mutuo de servicios. La división natural del trabajo se hace expontáneamente conforme a la variedad de las inclinaciones y aptitudes. Los reglamentos han substituído a los códigos. Jurídicamente aquí no hay más libro que uno. Las Ordenanzas del trabajo.

EXTRA. 2.° ¿Cuántas horas trabajan?

DAR. Muy pocas. Cuatro solamente.

EXTRA. 2.° ¿Y en tan poco tiempo se hace todo?

DAR. Todo lo que debe hacerse. Aquí nadie se elimina del trabajo. Tantos ciudadanos, tantos trabajadores, hecha excepción del que no puede trabajar porque se lo impide su desgracia. De modo que con menos fatiga obtenemos mayor utilidad.

EXTRA. 2.° ¿Y cómo se castiga a los criminales?

DAR. No se les da ese nombre. Se les califica de locos o enfermos. Las almas humanas todas tienen el mismo origen. La Naturaleza accidentada es la que perturba y malogra, en unos hombres más que en otros, la obra del Soberano espíritu, así es que toda monstruosidad humana supone siempre una imperfección orgánica. En vez de cárceles y presidios, la República ha fundado grandes sanatorios dirigidos por sabios doctores alienistas. Allí se procura la curación de esos seres desgraciados.

EXTRA. 1.º Permítame que le dirija nuevas preguntas.

DAR. Puede hacerlo.

EXTRA. 1.º Me he fijado en el ahinco que ponen todos en el trabajo. ¿Qué aspiración personal mueve a los que así trabajan, si nada ha de ser suyo individualmente?

DAR. Eso tiene una explicación muy sencilla. Sabiéndose que todos participan, por igual, de los bienes que proporciona el trabajo, cada trabajador se hace cargo de que trabaja para sí. De modo que nosotros haciéndonos todos pobres nos hacemos todos ricos.

EXTRA. 1.º Es verdad.

DAR. Además trabajan por sus hijos.

EXTRA. 1.º ¿Qué hijos?

DAR. Los de todos. Me parece, señores, que para el amor de padre no es un óbice la consideración de que puedan ser muchos los hijos.

EXTRA. 1.º También es cierto.

DAR. Así se evitan esas injusticias y crueldades de la suerte. Nace un niño en la casa número 16, por ejemplo, y ya es rico para siempre... Nace en la casa número 10, y ya es un pobre miserable toda la vida... Esto es absurdo.

EXTRA. 2.º ¿No hay diferencias sociales de ningún genero?

DAR. También se equivocan. Un pueblo sin di-

ferencias sería como una tabla rasa. El movimiento y la variedad salen de la ley de diferenciación.

EXTRA. 2.º ¿Dónde reside?

DAR. Donde debe residir de un modo que es inevitable. En la elevación del espíritu. El tesoro público se encuentra aquí, en la inteligencia. Esta es la fortuna común. Los ciudadanos eligen el oficio o el estudio que mejor se adapta a su expontánea vocación. La República los educa a todos por igual. En las escuelas se desarrolla la aptitud y se establece la diferencia. Todos se afanan por merecer los distingos sociales que se otorgan al talento. El saber constituye un centro de fuerza. Aquí está el único privilegio. La autoridad de los sabios se impone voluntariamente, porque esa luz que arde en el cerebro no la encienden los honores. Por eso la respetan todos con una fuerza incontrastable. Así es como se hace la disciplina social sin necesidad de códigos ni ejércitos que la impongan.

EXTRA. 1.º ¿Y qué religión profesan ustedes?

DAR. El cristianismo adaptado al orden científico de la vida. Le hemos hecho humano, liberal y armónico.

EXTRA. 1.º ¿Y el culto?

DAR. Ha evolucionado. Los rezos y oraciones que antes estaban en los labios, han bajado al corazón. Los mandamientos y sermones, se han convertido en actos de ciudadanía, dejando de ser palabras. Cada casa es una iglesia y toda la República un templo, donde se rinde culto positivo a la humana fraternidad.

EXTRA. 1.º Esa es la religión que profesamos en España.

DAR. Dispénsenme, señores. No hay que ofender a la verdad desnaturalizándola. Ustedes, los españoles, no pueden llamarse

cristianos, dicho sea con todo el respeto que imponen las leyes de la hospitalidad.

EXTRA. 1.º ¿Por qué razón?

DAR. Porque su conducta se halla en abierta oposición con la doctrina de Jesús.

EXTRA. 1.º Explíquese con toda claridad.

DAR. La doctrina de Jesús es esencia y no forma, acto y no intención, ejemplo y no discurso, sacrificio y no promesa, ley y no consejo, voluntad y no compromiso, templo y no mercado, religión y no comercio... Y basta, porque no acabaríamos nunca... Vamos, señores, vamos a ver las bellezas artísticas que encierra el Palacio del Pueblo. (Vanse por el foro.)

CUADRO III

Telón corto de montaña. Salidas laterales

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha LIANA y JACINTA

JACIN. Ven, Liana. Aquí podremos hablar con entera libertad.

LIA. Mira como nos sigue con la vista el extranjero. Se quedó muy desconsolado. Y tú tan risueña.

JACIN. Para mí no se han hecho las amarguras de la vida. Ves como cae la tarde y cómo empiezan a colgarse las sombras de los altos picos de la montaña. Esta es la hora melancólica, según dice Lisardo.

LIA. ¡Ay, sí! ¡Muy melancólica!

JACIN. Pues aun sabe a miel rosada. Lo encuentro todo tan risueño como al despuntar la aurora.

LIA. ¿Y al llegar la noche?

JACIN. Duermo como una bendita.

LIA. No ofendas a Dios con tanta felicidad.

JACIN. ¿Pero tú crees que Dios quiere a las personas tristes?

LIA. ¡Qué sé yo!

JACIN. Voy a sacarte de un error; pero antes deja que me ría un poco, por que me has hecho mucha gracia... ¡Ja... ja... ja..!

LIA. Bueno, riéte, siquiera por que éstos lloran.

JACIN. Dios no quiere a las personas tristes. Lo repito. En primer lugar, porque yo soy muy alegre y también soy hija de Dios... ¿Supongo que no me lo negarás?

LIA. Muy al contrario.

JACIN. En segundo lugar, porque en la alegría están las alas del espíritu.

LIA. Eso lo aprendes de tu madre.

JACIN. Claro que sí. ¿Siendo ella maestra de la República, no había de serlo para su hija? Observa por ti misma una cosa que es evidente. Cuando se inunda tu sér de alegría parece que quieras volar hacia arriba... hacia el cielo... Sobreviene por cualquier causa la tristeza, ¿y qué notas entonces?

LIA. Que se plegan las alas y el espíritu cae. Tienes razón.

JACIN. Luego para llegar hasta Dios, ¿qué camino hay que seguir?

LIA. El de la alegría; no tiene duda.

JACIN. Y para llegar hasta Lisardo, ¿qué camino sigues?

LIA. (*Abrazando a Jacinta y besándola en la frente.*) El de la alegría también.

JACIN. Esa idea se amasa con mucha facilidad.

LIA. Como un pedazo de pan.

JACIN. De pan blando, porque la tristeza lo pone duro... ¡Ja... ja... ja!...

LIA. Y ahora, ¿de qué te ríes?

JACIN. Es un nuevo acosón de alegría. Pero esta vez... esta vez... ¿a qué no aciertas por qué me río?

LIA. ¿A qué sí?

JACIN. ¿A qué no?

LIA. No soy tan inocente como crees. Te ríes acordándote del extranjero que se ha enamorado de ti.

JACIN. (Alargándole la mano.) Estrecha mi mano. Lo acertaste. Le he sumergido en un mar de confusiones. Creía él, de buena fe, que la mujer en esta República, era como las mujeres fáciles que él conoce. ¡Ja... ja... ja!... ¡Qué desencanto el suyo! ¡Ah! Y si no llegas a tiempo para auxiliarle...

LIA. Me dió lástima porque noté su turbación.

JACIN. Allí sigue plantado mirando hacia aquí. Sus compañeros le hablan y él sin apartar los ojos.

LIA. Se ha enamorado de ti; no cabe duda.

JACIN. ¿A ti te gusta?

LIA. A mí sólo me gusta Lisardo. ¿Y a ti?

JACIN. Tampoco.

LIA. Voy a decirte una cosa, en alta voz, al oído. Sí que te gusta.

JACIN. Calla, mujer. Habla bajo. El aire corre hacia él. Bueno fuera de que se enterase. ¡Ja... ja... ja!...

LIA. Qué ganas tengo de no verte tan alegre... ¡Ah! ¡Qué idea! (Se aproxima a la derecha y hace señas con la mano.)

JACIN. ¿Qué haces?

LIA. Señas para que venga.

JACIN. Pero mujer... ¿Estás loca?

LIA. Magnífico... Ya viene.

JACIN. ¿Qué has hecho?

LIA. Yo me voy. Sal del paso como puedas.

JACIN. No. Quédate.

LIA. De ningún modo. Quiero verte triste alguna vez...

JACIN. ¿Cómo?

LIA. Cuando estés bien enamorada. Adiós. ¡Ja... ja... ja!... (Vase riendo por la izquierda.)

ESCENA II

JACINTA

JACIN. ¡Qué compromiso! No. Ningún compromiso. Mantendré a raya los ímpetus amorosos de este extranjero. Ya está aquí.

ESCENA III

Dicha, EXTRANJERO 1.º, por la derecha

EXTRA. ¿Me han llamado ustedes? ¿Y la otra señorita?

JACIN. Se ha marchado. Y usted, ¿por qué deja a sus compañeros?

EXTRA. Creí que me hacían señas para que me acercase.

JACIN. Una mala interpretación sin duda.

EXTRA. (Haciendo ademán para retirarse.) Usted dispense, señorita.

JACIN. No, caballero, no le despido.

EXTRA. ¿Permite que me quede?

JACIN. Se lo suplico.

EXTRA. Antes me dió una lección de concedimiento. Ahora me da otra de exquisita amabilidad y cortesanía.

JACIN. ¿Hallan agradable este país?

EXTRA. Es una tierra salpicada de rosas y poblada de ángeles, poética, risueña, ideal.

JACIN. Gracias por esa favorable opinión. Dijéronme que eran ustedes españoles... ¿Artistas? ¿Escritores? ¿Acaso periodistas? ¿A qué trabajo se consagran?

EXTRA. Me avergüenza tener que decirlo. A ninguno. Yo soy inmensamente rico. Vivo de mis rentas.

JACIN. Perdone la curiosidad. ¿De qué rentas vive usted?

EXTRA. De las que heredé de mi padre.

JACIN. ¿Y las disfruta sin haberlas ganado?

EXTRA. Así es, desgraciadamente, señorita.

JACIN. ¿Y no se aburre sin hacer nada?

EXTRA. Me dedico al sport. Viajo. Soy turista. Así y todo, en España suelo aburrirme. Aquí, no.

JACIN. Si fuera hijo de este país, tendría que trabajar. Nuestra República tiene esa mala costumbre.

EXTRA. Ya no me parece tan mala. La verdad en su lugar.

JACIN. Bueno fuera que se le pegasen nuestras costumbres. Según tengo entendido, las mujeres en España, principalmente las del pueblo, son esclavas del trabajo. Me refiero a las pobres obreras de fábricas y talleres.

EXTRA. ¿Conoce usted?...

JACIN. Sí, señor. Conocemos la historia de todos los países y la vida que se hace en ellos.

EXTRA. Así es en efecto. Las obreras trabajan desde que rompe el día hasta que anochece, y aun muchas de ellas tienen que robar descanso al cuerpo por las noches para aumentar el mísero jornal.

JACIN. ¿Y ustedes, los que no trabajan, pueden ver eso con tranquilidad? ¿Carecen de conciencia los hombres de España?

EXTRA. ¿Qué hemos de hacer? La sociedad está así constituída.

JACIN. ¡Infelices obreras! Siento por ellas una pena infinita. ¿Sería usted capaz de hacer un sacrificio?

EXTRA. Si fuera por usted!...

JACIN. Bien, sea por mí.

EXTRA. ¿Qué debo hacer?

JACIN. Así que regrese a España, póngase a trabajar.

EXTRA. Eso que me pide es muy fuerte, señorita. No tengo aptitudes... Carezco de hábitos.

JACIN. Todo puede arreglarse... Reparta la mitad

de su fortuna entre esas pobres obreras que son esclavas del trabajo.

EXTRA. (¡Casi nada!)

JACIN. ¿Tampoco?

EXTRA. Transijamos. Véngase conmigo a España y le prometo que...

JACIN. Abandonar yo esta tierra de libertad... ¿A qué precio?

EXTRA. Será usted mi reina... mi señora... La haré dueña de cuanto pueda acariciar el sueño dorado de la mujer más vanidosa. Pondré a su disposición, coches, criados...

JACIN. ¿Más criados que tenemos aquí?

EXTRA. ¿Dónde están? ¿Quiénes son?

JACIN. Todos los que trabajan. Los ciudadanos de esta República son siervos amorosos de la mujer... El trabajo tiene flores y espinas. Nosotras tomamos las flores y ellos se quedan con las espinas... Aquí la mujer no vive para el trabajo. Vive sólo para el amor... Primero como hija; luego como mujer del hombre y después si place a Naturaleza, como madre. Nada me ofrece usted, caballero, que sea superior a esta dicha.

EXTRA. Me embeleso oyéndola... Siga usted.

JACIN. Además, no le convendría hacerme su reina y señora.

EXTRA. ¿Por qué razón?

JACIN. Porque le haría trabajar.

EXTRA. Salgamos de este círculo. Me he enamorado de usted. ¿Qué le parece?

JACIN. La cosa más natural del mundo.

EXTRA. ¡Ah! ¿No lo encuentra extraño?

JACIN. No señor. Lo extraño sería que yo me hubiese enamorado de usted.

EXTRA. ¿No hay libertad para querer?

JACIN. Completa.

EXTRA. ¿Entonces?

JACIN. Por lo mismo que hay libertad para querer... se quiere o no se quiere según los hombres y según las circunstancias.

EXTRA. Usted debe haber flechado muchos corazones. ¿Más de uno? Perdone la indiscreción.

JACIN. Voy a verter sobre su alma apasionada y fogosa un gran vaso de agua fría. Mi corazón ha echado ya flores. Ha tenido tres primaveras.

EXTRA. Y no lo parece sin embargo... Hay un encanto en sus ojos. Una frescura de rosa en sus labios. Bienaventurados los hombres que tuvieron la dicha de ganar su voluntad.

JACIN. El primero Horacio, el segundo Lesseps y Edisson el tercero.

EXTRA. ¿Sabe usted que me parecen muchos, señorita?

JACIN. ¿Cuántos amores ha tenido usted?

EXTRA. Los apunto por curiosidad. Guardo la lista en mi cartera pero no me atrevo a presentársela temeroso de que le parezcan demasiados.

JACIN. ¿Cuántos son?

EXTRA. Pasan de diez.

JACIN. No se quede corto, añada un cero.

EXTRA. Usted me anima a poner las cosas en su lugar. Pasan de ciento.

JACIN. Y eso que el amor no es libre en España.

EXTRA. ¡Oh! Si fuese libre, las listas tendrían que hacerse en rollos de papel continuo.

JACIN. Me agrada esa sinceridad que pone las cosas en claro. En su país sólo pueden gozar de libre albedrío con patente de corso los hombres que tienen dinero.

EXTRA. Justo es confesarlo.

JACIN. Las mujeres que son esclavas de la virtud tienen que contentarse con una patente de matrimonio que les servirá en muchas ocasiones para casarse con algún inválido del amor.

EXTRA. Penetra usted mucho, señorita. Siento haber aumentado la lista. Quitemos... quitemos el cero que hemos añadido.

JACIN. Así y todo resulta muy larga.

EXTRA. ¿Y usted en la suya no puede hacer ninguna rebaja?

JACIN. Bueno. Que sean dos. Horacio y Lesseps.

EXTRA. Horacio... Horacio sólo.

JACIN. ¿Sólo Horacio? Convenido.

EXTRA. ¿No podríamos también suprimir a Horacio?

JACIN. Alto ahí... Bien está el secreto en la mujer.

EXTRA. Es usted un jazmín... Una flor humana que lleva dentro una llamita encantadora...

JACIN. Entre paréntesis, caballero... Ahora soy yo, la que se despide. Quede con Dios.

EXTRA. ¿Sin darme ninguna esperanza?

JACIN. (Después de hacer medio mutis, cerca ya de la salida derecha, se vuelve y, con mucha pausa y encantadora intención, dice:) A mí no me disgustaría que con el ingreso de usted se aumentase el número de ciudadanos que tiene esta República.

EXTRA. Sería bastante para...

JACIN. No, señor. Tendiía además que despojarse de sus riquezas, aprender un oficio y ponerse a trabajar... Haga usted todo eso, y luego, ya veremos. (Vase izquierda.)

ESCENA IV

EXTRANJERO 1.º

EXTRA. 1.º Vaya una mujer hermosa con gracia y talento. Buen chasco me llevo. Pensé que nada hubiera más fácil que obtener una mujer aquí donde la voluntad es libre, y la primera que encuentro, me exige nada menos que sacrifique la mitad de mi fortuna. A este paso con todo mi capital no tengo ni para conseguir un par de muje-

res... Me gusta de verdad esa muchacha... Estaba por seguirla y... No... No... Hay que comprimirse. Resulta muy cara.

ESCENA V

Dicho, EXTRANJEROS 2.º y 3.º, derecha

EXTRA. 2.º Pero hombre: ¿tanto te ha enamorado esa muchacha que nos dejas plantados?

EXTRA. 1.º Amigos: nos hemos equivocado de medio a medio. Aquí la mujer vale un tesoro. Este es el paraíso del amor libre, pero nosotros vamos a tener que regresar a España como en plena cuaresma.

EXTRA. 3.º Claro, como el dinero es de todos, nadie lo aprecia.

EXTRA. 2.º Di, mejor, que no existe. Yo aún no he visto una moneda. Este es un país delicioso. Entran los ciudadanos en el Restaurant, comen y no pagan. Vanse los que sirven el restaurant a un comercio, se llevan lo que quieren y no pagan tampoco... He visto a un ciudadano, labrador del campo, con un carro cargado de frutas... Las dejó en un almacén y se marchó con el carro vacío sin recibir un céntimo.

EXTRA. 1.º La verdad es que si él come y viste sin pagar nada, ¿para qué quiere el dinero?

EXTRA. 3.º Se conoce que el dinero aquí se ha declarado en huelga y no aprovecha para nada.

EXTRA. 1.º En cambio sobra la gracia por arrobas. Esa Juanita que acaba de dejarme la tiene en su alma y en su cuerpo, no por arrobas, por toneladas. ¿Sabéis lo que me ha dicho?

EXTRA. 2.º Sepámoslo.

EXTRA. 1.º Que trabaje.

EXTRA. 3.º ¡Qué barbaridad!

EXTRA. 1.º O que reparta la mitad de mi fortuna en-

tre las infelices obreras que tanto trabajan.

EXTRA. 3.º ¿Y a eso le encuentras la gracia por arrobas?

EXTRA. 2.º A mí no me hace ninguna.

EXTRA. 1.º A mí sí. Dice la verdad con una sencillez que encanta. Tan es así, que aunque sea más amarga que el acíbar, uno la saborea lo mismo que si fuera un caramelo. Dice que los españoles que no trabajan no tienen conciencia viendo como sudan y se sacrifican las mujeres.

EXTRA. 3.º Para ti ese caramelo.

EXTRA. 2.º Hablemos de otra cosa. Cambiemos impresiones. ¡En general, ¿qué opinión habéis formado de este pueblo?

EXTRA. 1.º Inmejorable.

EXTRA. 2.º Viendo la sencillez de sus leyes y costumbres se nota, a la legua, que en la Sociedad donde nosotros vivimos sobra mecanismo.

EXTRA. 3.º No hay más que ruedas inútiles por todas partes.

EXTRA. 1.º ¿Y qué somos nosotros más que ruedas inútiles?

EXTRA. 3.º Nos referimos a la organización.

EXTRA. 1.º Todo es lo mismo, amigo, todo es lo mismo. Confesemos noblemente que nos falta mucho todavía para llegar a esta perfección social.

EXTRA. 2.º Yo nunca hubiera creído que tuviese tanta fuerza la elevación del espíritu. Todos al verse se estrechan efusivamente la mano diciendo: Salud y elevación, ciudadano.

EXTRA. 3.º Y la inteligencia que revelan. Le pregunté a uno de ellos: ¿No hay instituciones en este país? Y me contestó enseguida: tantas como ciudadanos. Cada ciudadano es una institución. Oficialmente, le repuse. Oficialmente, añadió, no hay más que una. Esta es la República, madre de todas.

EXTRA. 2.º Y le pregunté á otro si era cierto que

aquí las mujeres no se dedican al trabajo y me contestó con la siguiente copla:

La mujer es una rosa
que da a los hombres encanto,
y es gran torpeza en los hombres
desgraciarla en el trabajo.

EXTRA. 1.º Lo cierto es que se respira un ambiente moral que no puede ser más puro. El alma se siente más satisfecha que de costumbre. Se saborea un placer nuevo; un bienestar desconocido... Acaso la dicha de ver que todos son felices... Yo no lo había experimentado hasta ahora. (Dentro fuertes rumores)

EXTRA. 2.º Callad. ¿No oís?

EXTRA. 3.º Sí.

EXTRA. 1.º ¿Qué pasará?

EXTRA. 2.º Algo anormal debe ser.

EXTRA. 1.º Quisiera ver cómo se desarrolla aquí alguno de esos hechos extraordinarios que alteran la calma habitual de las gentes.

EXTRA. 2.º Pues a la ocasión.

EXTRA. 1.º Vamos a verlo. (Vanse por la derecha).

MUTACIÓN

CUADRO IV

Decoración de monte practicable a todo foro. En último término, foro izquierda la roca cortada a pico, a cuyo pie bate el mar sus olas perdiéndose luego en lontananza. Este es el Peñón de Miramar como se indica en el diálogo. Hay un camino practicable que conduce al mismo borde del Peñón. Tiene que ser esta decoración de gran fantasía escenográfica, hallándose preparada de modo que al final del drama pueda contemplarse la puesta del sol, al abrirse en el lejano horizonte las nubes que lo impiden. Ha de parecer que el sol se hunde majestuosamente en el Océano como una hostia de fuego, tal como se in-

dica por los personajes. La acción que se desarrolla en el primer término como si se efectuase al pie de la montaña al nivel del mar. Salidas laterales. El camino que conduce en forma de pequeña cuesta al Peñón, cruza la escena de derecha a izquierda.

ESCENA I

CIUDADANOS, FRANKLIN, SERVET y PUEBLO

FRAN. ¿Desde cuándo dices que falta de su casa?
SERV. Desde ayer.
FRAN. No es mucho tiempo. Lo más grave es el hallazgo de la cartera.
SERV. Y él no hallarse a estas horas en el Peñón como solía.
FRAN. Habrá resbalado al erguirse en algún arranque de inspiración, y...
SERV. Yo, eso creo.
LIA. ¡Lisardo! ¡Lisardo! (Dentro izquierda gritando).
PLUT. ¡Lisardo! ¡Lisardo! (Dentro izquierda gritando).
FRAN. ¿Oyes los gritos de Liana?
SERV. Y también las voces que da Plutarco.
FRAN. Temo una desgracia, amigo Servet.
SERV. Yo también, compañero.
FRAN. No acude al llamamiento.
SERV. No acude.

ESCENA II

Dichos, JACINTA (muy sobresaltada por la derecha)

JACIN. ¿Qué novedad es ésta, compañeros? ¿Quiénes gritan en la montaña llamando a mi hermano?
SERV. No te sobresaltes, Jacinta.
JACIN. ¿Cuál es el motivo de vuestra alarma? Nada me ocultéis, compañeros... Os lo suplico.
SERV. En rigor no hay nada... Se ha encontrado

esta cartera. (Sacando una cartera que entregar a Jacinta).

JACIN. La conozco. Es una cartera de apuntes.

FRAN. Ha sido hallada arriba en el Peñón.

JACIN. ¿Y Lisardo, dónde está?

SERV. Se ignora.

FRAN. Aquí viene Liana.

SERV. Y también Plutarco.

ESCENA III

Dichos, LIANA y PLUTARCO (por la izquierda).

LIA. ¡Lisardo! ¡Jacinta! ¡Lisardo! (Arrojándose a lc brazos de Jacinta).

JACIN. Yo no me atrevo a tranquilizarte.

PLUT. Tened calma. No os precipitéis.

SERV. Serenidad, Liana.

FRAN. Da tú el ejemplo, Jacinta.

SERV. ¿Os habéis fijado bien? (A Plutarco).

PLUT. Lo hemos registrado todo, pero como e terreno es tan quebrado...

LIA. Jacinta, ¿qué te augura el corazón?

JACIN. Me late con violencia.

ESCENA IV

Dichos, LAMARK por la izquierda

LAM. ¿Qué pasa?

JACIN. ¿No has visto a mi hermano?

LIA. ¿No has visto a Lisardo?

LAM. ¿Por qué me lo preguntáis? (Receloso).

JACIN. Porque ha desaparecido.

LAM. ¿Desde cuándo?

JACIN. Desde ayer.

LAM. Ya parecerá.

JACIN. En el Peñón se ha encontrado su carte de apuntes. Aquí está.

LAM. Vaya; sí... Versos. (Hojeando la cartera).

LIA. ¿Qué opinas?

LAM. Nada.

SERV. ¿No lo encuentras extraño?

LAM. Dejad que pase algún tiempo.
JACIN. Eso no nos tranquiliza, Lamark.
LAM. No sé qué deciros.
SERV. Por allí sube tu madre, Jacinta.
FRAN. Se dirige hacia el Peñón.
JACIN. ¡Madre! ¡Madre! (Acercándose a la derecha y llamándola).
MAR. ¿Pareció Lisardo? (Dentro).
JACIN. No, madre. No.
LIA. Vamos a su encuentro.
JACIN. Vamos.
FRAN. Yo iré con vosotras. (Vanse Jacinta, Liana, Servet y parte del pueblo, por la derecha).

ESCENA V

Dichos, menos los citados.

LAM. ¿Y qué sospecháis?
PLUT. Dilo tú.
SERV. Sospechamos que en un arranque de entusiasmo ha perdido los pies y se ha caído.
LAM. ¿Dónde?
SERV. Al mar.
LAM. ¿Desde lo alto?
SERV. Naturalmente.
PLUT. ¿Desde dónde había de ser?
LAM. Es verdad que Lisardo solía erguirse frente al Océano... Pudo resbalar y caer. ¡Cierto! Cierto.
PLUT. ¡Día de luto será para la República!
SERV. Si hubiese muerto, ¡qué dolor tan grande!
LAM. La muerte de la materia poco importa. ¡Lisardo es inmortal!

ESCENA VI

Dichos y los EXTRANJEROS, primer término derecha.

EXTRA. 1.º Acaban de decirme que el poeta Lisardo...
PLUT. Témese una desgracia.

EXTRA. 1.º ¿Desde lo alto de aquel peñón?
PLUT. Así parece.
LAM. (Aparte sombríamente.) Buen trabajo me ahorra.
MAR. (Cruzando la montaña seguida de Liana, Jacinta, Plutarco y pueblo.) ¡Lisardo! ¡Lisardo!
SERV. Esa es Marta, la madre del Poeta.
EXTRA. 1.º Comprendo su aflicción. ¡Pobre anciana!
MAR. (En el Peñón.) ¡Lisardo! ¡Acude al llamamiento de madre!
JAC. ¡Lisardo! ¡Lisardo!
LIA. ¡Lisardo! ¡Lisardo!
EXTRA. 1.º ¡Esos gritos estremecen el corazón!
EXTRA. 2.º ¡Como que son pedazos del alma desgarrada!
SERV. Tu madre, Lamark.

ESCENA FINAL

Dichos, FLORA (con gran ansiedad) por la derecha. Salen a su encuentro SERVET y PLUTARCO. LAMARK permanece inmóvil.

FLO. Sacadme pronto de esta angustia. ¿Es verpad que Lisardo?...
PLUT. ¡Ha desaparecido.
FLO. ¿Y de dónde? ¿De dónde ha desaparecido?
SERV. Del Peñón de Miramar.
FLO. ¡Ay! Qué puñalada me habéis dado. ¿Ymi hijo? ¿Dónde está mi hijo?
LAM. ¡Aquí, madre! (Acercándose hacia ella.)
FLO. (Clavando sus ojos en la mirada de sus hijos con acento de profunda y amarga reconvención.) Lamark... ¡Lamark!... ¡No puedo más! (Cae sin sentido en brazos de su hijo.)
MAR. ¡Lisardo! ¡Lisardo!
LAM. (Teniendo en brazos a su madre y sobrecogido por aquel cuadro de dolor, con acento seco y áspero.) ¡Qué horror!... ¡Ya siento haberle matado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO V

Una especie de plazoleta de árboles muy corpulentos. A la derecha, en el segundo término, la casa de Marta medio oculta por la arboleda. Bosques a todo foro.

ESCENA PRIMERA

LAMARK, saliendo de la casa de Marta.

LAM. Ya he salido del paso. ¿Por qué me habré confundido? Ninguna acusación había en la mirada tranquila y serena de Marta... Nada noté, tampoco en la de Jacinta... Las dos se hallan abismadas en su pena. Ni la abuela ni la nieta... mostraron el menor recelo; la menor sospecha... ¿Pero por qué habían de sospechar? Nadie presenció el crimen. Me embosqué en el matorral. Salí de súbito y le arrojé al abismo... ¿A qué vienen estas desconfianzas? (Pausa.) ¿Quién me mete en semejantes atolladeros? (Pausa.) ¿Qué hago aquí agarrado al suelo contemplando la casa de Marta como un idiota? Quisiera saber lo que están hablando en este momento. Vuelta... ¿Y qué tienen que hablar? De mí nada pueden decir. Soy yo quien da vueltas a la noria. Aquí viene mi madre.

ESCENA II

Dicho y FLORA por la derecha.

LAM. ¡Madre!

FLO. ¿Las has visto?

LAM. Acabo de salir de su casa.

FLO. Yo no me siento con ánimo para ir a verlas. ¿Qué han dicho?

LAM. El dolor tiene muy pocas palabras.

FLO. ¿Cómo te han recibido?

LAM. Como en días de pena.

FLO. ¿Y tú?

LAM. Yo, callado también. Sintiendo la desgracia como ellas, aunque no con la exageración que tú demuestras... No has pegado los ojos en toda la noche.

FLO. ¿Tú, qué opinas?

LAM. ¿Sobre qué?

FLO. Sobre la desaparición de Lisardo.

LAM. Que ha desaparecido. Ya es la tercera vez que me haces la misma pregunta.

FLO. Y a ti no te saca nadie de la misma respuesta. Yo seré más franca y expresiva. Lisardo cayó desde el Peñón al mar. ¿Sabes en qué lo he conocido?

LAM. Tú dirás.

FLO. En que el golpe lo ha recibido mi corazón, y por el daño que me ha hecho, calculo que aquella roca está muy alta y que el abismo es muy profundo.

LAM. Tú lo querías mucho.

FLO. ¿No era también tu mejor amigo?

LAM. ¿Mi mejor amigo?... Ah, sí.

FLO. Que desmemoriado eres.

LAM. Nos habíamos distanciado.

FLO. ¡Por ella!

LAM. Sí; por Liana. (Pausa.)

FLO. ¿Sabes que hoy se reune el gran consejo de familia?

LAM. Me han avisado para que asista.

FLO. Se reune para tratar de la desaparición de Lisardo.

LAM. Ya me lo figuro.

FLO. ¿Has hablado con alguno de tus compañeros?

LAM. Muy poco.

FLO. ¿De modo que no conoces su opinión?

LAM. ¿Sobre qué punto?

FLO. Hoy no hay más punto que uno en toda la República. El alma del pueblo está herida.

LAM. Nada me han dicho. Supongo que le darán por muerto.

FLO. Creo que su opinión podría servir de anillo al dedo de la tuya.

LAM. Te equivocas... Yo aun abrigo la esperanza de que aparezca el mejor día.

FLO. El sol es el que sale todas las mañanas. ¿Pero Lisardo? Repara en mis ojos enjutos. La pena que siento es seca como rama abrasada por los ardores del estío.

LAM. Llora para descargarla.

FLO. Al revés. Quítame la carga y verás como lloro. El dolor es un peso que tira hacia dentro.

LAM. No hay para tanto.

FLO. Fíjate en el cielo cuando está preñado de nubes obscuras iluminadas, a intervalos, por latigazos de fuego, y fíjate en aquel otro cielo lleno de nubes blancas que se descargan en lluvia. Todo es cielo y todos son nubes, pero de unas salen lágrimas y de otras salen relámpagos. Mira si no es poca la diferencia.

LAM. Marta es su madre y no padece de ese modo.

FLO. ¡Quién se hallara en su lugar!

LAM. ¿Qué dices, madre?

FLO. Ya lo he dicho.

LAM. ¿Quisieras que hubiese muerto tu hijo?

FLO. ¡Ah! ¿Muerto has dicho? ¿Luego sabes que ha muerto?

LAM. No... no...

FLO. Sí. Sí que lo sabes.

LAM. (Maldita lengua.)

FLO. Ponle un candado a eso que acabas de decir para que no vuelva a escaparse de tus labios. Ponte de acuerdo con tu opinión.

LAM. Parece que no seas mi madre.

FLO. ¿Y en qué te pareces tú a mi hijo?

LAM. Como dices que... ¿No sería entonces mayor tu amargura?

FLO. Me hartaría de llorar... Me hartaría de llorar; pero no tendría este nudo. (Pausa.) ¿No te ha dicho Marta que a su Lisardo le ha matado un sueño?

LAM. Nada tendría de extraño tratándose de un poeta tan soñador.

FLO. ¡Poetastro!

LAM. ¡Poeta, madre, poeta! Sólo que fantaseaba mucho.

FLO. ¡Y tanto como fantaseaba!... Bien hizo la fantasía en arrojarle al abismo desde el balcón del Océano, como él decía .. ¡Merecido la tiene por haber dedicado tantos versos a su República y tantas estrofas a su libertad... y sobre todo por haber conquistado el corazón de Liana!...

LAM. ¡Madre... Madre!

FLO. ¡Vaya un plantón!... Voy a seguir mi camino. Ya hablaremos de Lisardo. ¿Quieres acompañarme?

LAM. Me quedo. (Muy secamente.)

FLO. Haces bien. A casita me vuelvo con este saco de penas que llevo encima. (Vase por la izquierda).

ESCENA III

LAMARK

LAM, ¡Hasta mi madre!... Bien claro me da a entender sus obscuras sospechas... El caso es que yo no me atrevo a echar por

el atajo abordando de frente la cuestión... ¿Qué miro? Liana. Parece que viene hablando sola... ¿En qué estará pensando?... Me retiraré un poco para oirla.

ESCENA IV

Dicho y LIANA por la izquierda.

LIA. Las flores silvestres son
lucecitas de la tierra.
El fuego de Dios que oculto
en los campos reverbera.

LAM. (Sin poderse contener). ¡Versos de Lisardo!

LIA. ¡Lamark!

LAM. ¿Dónde vas?

LIA. Donde va el dolor. A la casa de Marta.

LAM. Yo también estuve en ella.

LIA. ¿Tú?

LAM. ¿De qué te maravillas? ¿No puedo ir yo a la casa de Marta?

LIA. Y tanto como puedes ir. Está abierta para todos.

LAM. Pálidas están las rosas de tus mejillas. Se han vuelto azucenas.

LIA. El color sonrosado para la alegría... la palidez para la tristeza. Cada cosa en su lugar.

LAM. Buen golpe habrás recibido.

LIA. Lo mismo que si me hubiesen dado una pedrada en el alma desde lo alto de un peñón.

LAM. No es mala pedrada.

LIA. Más malo ha sido el golpe.

LAM. Encuentro muy natural que lo hayas sentido. Como estabas tan enamorada...

LIA. Y tú, ¿no lo has sentido? ¿Tan amigos que eráis Lisardo y tú?

LAM. Lo éramos aunque lo digas con esa ironía. Sólo que la amistad de Lisardo se convirtió en odio para mí.

LIA. ¿Quién te odiaba?

LAM. Lisardo.

LIA. ¡Pobrecillo! El no sabía odiar a nadie. Te estás mirando al espejo. Esa imagen es la tuya.

LAM. Bien haces en defenderle.

LIA. Vas a saber de qué manera te odiaba. Buena ocasión me ofreces para decirlo. No eres capaz de adivinarlo.

LAM. No, no soy capaz.

LIA. Habíamos resuelto por convenio mutuo sacrificar nuestra dicha, compadecidos por la desesperación de que te hallabas poseído. En vez de odiarte, te quería fraternalmente y decidió echarme en tus brazos renunciando a las mieles que encontraba en los míos... ¡Así es como te odiaba Lisardo!

LAM. ¿Eso habíais resuelto?

LIA. Eso.

LAM. ¿Y ahora?

LIA. Mira la respuesta en mis ojos.

LAM. Despiden relámpagos como la nube negra.

LIA. Derraman fuego; no llanto.

LAM. Mejor fuera que vertiesen lágrimas. Tu pena es seca como roca abrasada por los ardores del estío.

LIA. ¿Conoces tú esa pena?

LAM. Sí; la conozco. (Pausa.) ¡Es la de mi madre!

LIA. Quisiera que en lo sucesivo no la interrumpieses.

LAM. Aguarda... No quiero ofenderte hablándote de esperanzas.

LIA. No te escucharía. Se ha sacado ya mucha tierra del hoyo. Mi pecho es una sepultura.

LAM. ¿Será tu alma de roca?

LIA. De roca viva. ¿Te atreverías a transportar el Océano al pico más alto de la montaña? Esto no es posible. Pues más fácil te sería realizar ese imposible que ganar mi voluntad.

LAM. ¡Liana!

LIA. Y si a tanto llegase tu poder y me obligasen a ser tuya, allí donde me llevases se levantaría irritada la sombra de Lisardo. En el bosque, en el valle, en la colina, por la orilla del mar... por todas partes, se interpondría entre ambos aquella imagen ofendida... Hasta en las horas más placenteras del amor, en vez de decirte: Lamark, dulce amor mío; se escaparía la frase de mis labios y te diría: ¡Lisardo, amor de mi alma!

LAM. ¿Esto escucho en tus labios? ¿Y para oirlo ha llegado mi pasión hasta la locura? ¡Ah! ¡Liana, Liana! Cómo dejas abandonado a las olas de la desesperación al náufrago que sucumbe... ¿Sabes lo qué he hecho por tí?

LIA. ¡Cállalo, Lamark!

LAM. ¡He sido hasta ladrón!

LIA. ¿Tú?

LAM. Ladrón de lo que más se ama en la vida. De la conciencia.

LIA. ¿Y al quedarte sin ella? ¡Qué horror! No lo digas.

LAM. Robé las horas al descanso, las estrellas a la noche, la luz al día... porque pensando en ti y en el afán que te llevaba a los brazos de Lisardo, todo a mi alrededor se volvia obscuro. Hasta flores le he robado al Mayo florido, porque sólo espinas encontraba a mi paso... Más todavía; he sido ladrón del tesoro que más estiman los ciudadanos de este país... ¡He sido hasta ladrón de mi libertad!

LIA. Para amar así, más vale no amar... Antes se oprime el corazón que se le arroja a tales desbordamientos. ¡El hombre esclavo no tiene derecho al amor libre!

LAM. No... No lo tiene.

LIA. ¿Dices que has robado las horas al descanso, las estrellas a la noche y la luz al día?...

¿Qué hasta las flores le has robado al Mayo florido?... pero has robado para ti sin quitarles a los demás ni flores ni estrellas. Así se puede robar... En el propio campo pero no en el ajeno... Pudiste ser ladrón de lo que es tuyo, pero no ladrón de mí Lisardo. Mata tu dicha, pero respeta la mía.

LAM. Te escucho desgarrándome el pecho con las uñas. Te desvaneces como angel a mis ojos. ¡Tú eres la imagen soñada!... También respiran odio tus palabras... ¡No eres tú mi Liana! ¡No eres tú mi Liana!... Todo para tí; estrellas y flores... Que sucumba el pobre Lamark. Que se anegue en las olas de la desesperación por haber sido esclavo... Por haber puesto a la ingratitud en el trono más alto del amor donde sólo llega el delirio... Tú en mis brazos no dirías:¡ Lamark, dulce amor mío! Se escaparía la frase de tus labios y dirías: ¡Lisardo amor de mi alma! Yo, en cambio, hubiese dicho hasta en los brazos de la muerte más negra y horrible... ¡Liana, luz de mi vida! ¡No eres tú mi Liana! ¡No eres tú mi Liana!

LIA. ¡Tampoco eres tú mi Lisardo! (Vase a la casa de Marta.)

ESCENA V

LAMARK

LAM. ¡Mi madre y Liana! ¡Ambas sospechan de mí! Más, ¿por qué dudan? ¿Quién hace germinar tu recelo? Esto es lo que no comprendo. Me sobra el valor y no me falta la serenidad. Acallo con mano férrea el remordimiento que quiere apoderarse de mi conciencia... Sé contener los latidos que da el corazón y sin embargo... sin embar-

go veo que se alza en torno el espectro que trata de acusarme frío y callado como una esfinge... ¿Será todo preocupación mía? Haré la experiencia con mis compañeros... Parece que éstos dudan también. Tendré energía, presentándoles la cara... Qué vomiten sus dudas... Qué me acusen... Qué hablen claro... Así podré defenderme, o hacer confesión de mi crimen. Esta situación es insoportable.

CUADRO VI

El telón corto de montaña del cuadro tercero

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la izquierda los ciudadanos PLUTARCO, SERVET y FRANKLIN

FRAN. Ha preferido ir sola.

SERV. Haber insistido.

PLUT. Se opuso tenazmente a que la acompañásemos.

FRAN. Dice que con el golpe que ha sufrido, se le han aligerado los años y las piernas. Desde aquí puedes verla. Mírala. (Señalando a la izquierda.)

SERV. Sí. Allá está, en el Peñón. ¡Pobre anciana!

FRAN. Creerá que el Oceano puede aún devolverle al hijo que ha perdido.

PLUT. Quizá consulte con la misteriosa Esfinge, que se oculta en el fondo de las aguas, donde se halla, en este caso, la sabiduría de Dios.

SERV. Y obtendrá la explicación. No lo dudéis, compañeros. Marta es un espíritu superior, y los grandes espíritus se comunican entre sí.

FRAN. Fijáos. Se hallaba sentada en el banco de roca y se ha puesto de pie.
PLUT. Extiende el brazo.
FRAN. Se despide del mar.
SERV. Abandona el Peñón.
FRAN. Ya ha desaparecido.
PLUT. Ahora asoma por aquel recodo de montaña.
FRAN. Cierto es que se le han aligerado las piernas. Mirad como anda.
SERV. Cuesta abajo ruedan muy bien los años.
PLUT. Ya nos ha visto.
SERV. Salgamos a recibirla.
PLUT. Es inútil. Adivinó nuestra intención y nos retiene con sus señas.
FRAN. ¿Qué quiere decirnos ahora?
SERV. Que la esperemos.
FRAN. Tiene una voluntad más firme que la roca.
SERV. Es la grandeza de su espíritu que se sobrepone à la voluntad.
PLUT. Ya dejó a su espalda el matorral.
SERV. No le rinde la fatiga.
PLUT. Aquí llega.

ESCENA II

Dichos, MARTA, apoyada en su bastón, por la izquierda

MAR. Ya os dije que podría.
SERV. ¿No te has cansado?
MAR. Me hallo muy fuerte. Aún me atrevería a volver al Peñón sin que nadie me prestase auxilio.
SERV. ¿Sin reparar tus fuerzas?
MAR. Que me digan que mi hijo Lisardo asoma allá, en Miramar, y veréis el tiempo que tardo en tener en mis brazos a esa sombra.
SERV. ¿Porqué vas al Peñón? ¿No se aumenta tu pena en aquella soledad?
MAR. Os recuerdo el cantar de mi hijo:

La soledad pone alivio
en los más crudos dolores...
Hasta en la tumba desierta
la soledad echa flores.

Al contrario. La inmensidad del Océano, junto al silencio que allí reina, imponen respeto a los avasallamientos del dolor. Hay que libertarse también de este tirano. Todo yugo es malo, hijos míos. Aprendedlo de esta pobre anciana. Los pesares que sentimos son como los riachuelos. Los riachuelos dan nacimiento a los ríos y luego éstos desaguan en el mar. Así es como se forman los afluyentes del gran dolor. El mayor de los dolores es el que siente Dios por todos nosotros... ¿Qué es un riachuelo comparado con el Oceano? Mucho menos que una gota de agua. ¿Qué viene a ser nuestro dolor comparado con el gran dolor? Mucho menos que una gota de hiel. Sacad la consecuencia. Cuando sintáis una pena muy honda, subid a Miramar... contemplad la inmensidad del Oceano; consideradle como un mar de lágrimas, y veréis como se achica el dolor más pequeño ante el dolor más grande. ¿Qué es una lágrima ante aquel mar de lágrimas? ¿Qué es una gota de hiel ante aquel inmenso oleaje de amargura? Así es como yo me consuelo, pensando en que la muerte, sobre parecernos tan grande, no tiene la importancia que le concedemos; ni el valor que representa, la pena que sentimos. Así es como yo me consuelo, hijos míos... Así es como yo me consuelo... (Vase por la derecha repitiendo la frase.)

ESCENA III

Los mismos menos MARTA

SERV. Nos hizo enmudecer.

FRAN. La palabra sobra en estos casos.

PLUT. Para esto está el silencio que es más elocuente.

FRAN. ¿Queréis que asociemos nuestros pensamientos?

SERV. No siendo en daño de algun ausente, conforme.

FRAN. Me das una hermosa lección. La acepto y callo.

PLUT. Las sombras bien están en los desvanes y rincones del alma. No hay que espantarlas.

SERV. La historia es la que suele vomitar sus recuerdos sobre la conciencia tranquila y serena de los pueblos libres.

PLUT. ¡El hombre matando al hombre!

FRAN. Calla, Plutarco.

SERV. ¿Sabéis como le llama el pueblo al cantar que se encontró en la cartera de Lisardo?

PLUT. El canto del cisne.

SERV. Yo lo sé de memoria.

Dadle un mal hijo a una madre
si queréis darla castigo.
Para castigar a un hombre
ya es bastante un mal amigo.

ESCENA IV

Dichos, LAMARK, por la izquierda

LAM. Volvedla a recitar, compañeros.

SERV. ¡Lamark!

FRAN. ¡Lamark!

LAM. ¿Cuánto tiempo hace que no nos hemos

visto? Un siglo, a juzgar por vuestro asombro.

PLUT. Salud y elevación, ciudadano. (Sin darle la mano.)

LAM. Decidme. ¿Qué opináis vosotros?

SERV. ¿Sobre qué?

LAM. Sobre lo que se dice sin palabras y se da a entender por señas, como hacen los mudos.

SERV. Estás enigmático. Expresa tu pensamiento con claridad.

LAM. ¿No hablábais de la desaparición de Lisardo?

PLUT. No. Hacíamos historia.

LAM. Yo creí que haciais retórica... Bueno. Decidme. ¿Qué opináis?

SERV. ¿De Lisardo? Lo mismo que tú. Que le ha tragado el mar.

FRAN. Eso ya es viejo.

LAM. Quisiera interrogaros separadamente, uno por uno.

PLUT. Como quieras.

LAM. (Separándose a alguna distancia.) Ven, tú, el primero, Servet.

SERV. (Formando grupo aparte con Lamark.) Estoy a tus órdenes.

LAM. Vas a decirme la verdad.

SERV. Sepamos antes si tienes derecho a saberla. ¿De qué se trata?

LAM. ¿Crées tú que Lisardo perdió el equilibrio y cayó al mar?

SERV. Sí que tienes ese derecho.

LAM. Contesta.

SERV. No lo creo así.

LAM. ¿Y en qué te fundas? ¿Puedes afirmar otra cosa en contrario?

SERV. Puedo creerlo y repito que no lo creo. Si otro me lo preguntase, callaría... Me lo preguntas tú, y te descubro mi pensamiento. Tú eres el único hombre que podía tomarse esa libertad. Adiós. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

Dichos, menos SERVET

LAM. Acércate, Franklín.
FRAN. Aquí me tienes.
LAM. Leo en el fondo de tu pensamiento. Sé lo que piensas sobre la desaparición de Lisardo.
FRAN. Mi pensamiento está abierto para ti. Sólo tú puedes echar en él esa sonda. Habla.
LAM. Tú piensas que Lisardo no cayó al mar.
FRAN. Yo nada afirmo.
LAM. No es eso lo que te digo.
FRAN. Mi pensamiento es libre para pensar.
LAM. No gires. Dime si es verdad lo que afirmo.
FRAN. Pienso que le han matado.
LAM. Tardaste en decirlo pero al fin no te has mordido la lengua. Vete. (Vase Franklin por la dereeha.)

ESCENA VI

LAMARK y PLUTARCO

LAM. Tú, el último, Plutarco.
PLUT. ¿Huyen de ti? ¿Qué les preguntas?
LAM. ¿No lo adivinas?
PLUT. Lo adivino. Nosotros, los buenos hijos de la Libertad, no sabemos ni podemos mentir.
LAM. Que me place. ¿Sabes lo que opinan?
PLUT. Yo sólo respondo de mi opinión.
LAM. Pues a tu opinión. ¿Vas a serme franco? ¿No la ocultarás en alguno de los obscuros repliegues del pensamiento?
PLUT. ¿Qué deseas saber?

LAM. Servet y Franklin opinan que han matado a Lisardo. Tú debes saber algo más. De fijo que sabes el nombre del matador.

PLUT. No lo sé. Te equivocas.

LAM. ¿Es eso cierto?

PLUT. Ciertísimo.

LAM. No... No... Comprendo. Hice mal la pregunta. No puedes tener conocimiento del hecho, efectivamente; pero sí que puedes haber formado una opinión.

PLUT. Saber, es una cosa... Opinar, es otra.

LAM. ¿Y quién opinas tú que le ha matado?

PLUT. ¡Una sombra!

LAM. ¡Qué trabajo me cuesta arrancarte la verdad! Las sombras no matan. No arguyas. No podrás escaparte, porque te tengo agarrado por la conciencia.

PLUT. La opinión que gira sobre una duda no puede expresarse de otro modo.

LAM. Bueno. Pues como duda, como sombra, como fantasma, algún aspecto debe tener. ¿Qué figura tiene?

PLUT. ¡La de un hombre!

LAM. Y ese hombre, ¿cómo se llama?

PLUT. ¡Lamark! (Vase tranquilamente por la derecha.)

ESCENA VII

LAMARK

LAM. ¡Ya lo han vomitado!... ¡Ya salió el aspid negro y cauteloso! No sé qué hacer ni por dónde tirar. Estoy metido en un círculo de hierro. ¡Maldición! Al Consejo de familia. Allí se deshará ese nudo gordiano. (Vase por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO VII

Salón en el Palacio del Pueblo

ESCENA PRIMERA

A la derecha, en un especie de estrado de poca altura, el Presidente DARWIN, FLORA y el Doctor LEIBNITZ. Frente al público y al estrado, PLUTARCO, SERVET, FRANKLIN y EXTRANJEROS 1.º, 2.º y 3.º. El pueblo, muy numeroso, compuesto de ciudadanos y mujeres preciosamente ataviadas. También aparecen cuatro niñas muy lindamente vestidas, con canastillos repletos de pétalos de flores. LAMARK, medio oculto, a un ángulo.

LEIB. Diga el ciudadano Presidente. ¿Cuál es el tema que somete el pueblo a nuestro exámen?

DAR. (Leyendo un papel.) El tema es este: Causa del atraso de las sociedades. Abordando este punto, entraremos de lleno en el objeto moral que motiva la celebración de este Consejo.

LEIB. Las sociedades imperfectas, o muy estancadas, no evolucionan, como es debido, porque no están bien orientadas por los hombres progresivos que dirigen el movimiento de su evolución. Existe, generalmente, el error de creer que las libertades públicas son causa y no efecto de la libertad, la que hace al hombre, sino que por el contrario, es el hombre quién hace a la Libertad. Se hace la revolución, más luego no se hace la evolución. Este es el pecado. Ceñid a las sienes de un esclavo una corona, y tendréis al déspota. Quitadle el cetro a un tirano, y le veréis convertido en un esclavo. Por la misma razón, ofrecerle a un hombre inculto los principios

puros de la libertad, es lo mismo que ofrecerle la luz al ciego, el sonido al sordo y la palabra al mudo. Se impone, en todo caso, la ley natural... Voy a citaros un ejemplo muy sencillo y elocuente. Si queremos abrir un túnel en la montaña con la fuerza de las ideas, no conseguiremos nuestro objeto. Hay que emplear la dinamita. A la inversa: si queremos abrir nuevos horizontes en el alma del pueblo para emanciparle de la esclavitud, por medio de la dinamita, tampoco lo conseguiremos. Hay que emplear la fuerza de las ideas. (Pausa.) No olvidéis nunca este ejemplo, ciudadanos. Este pueblo, esta gran República ha llegado a los términos superiores de Progreso, porque se ha fundado en la fuerza del espíritu. Nosotros tenemos que seguir la evolución, hasta despojarla de todas las formas monstruosas de que se hallan revestidas las sociedades imperfectas. Hagamos de la vida humana que se desarrolla en el planeta, una estación de tránsito de la vida universal por buena y feliz, sin homicidas rencores y exenta de fanatismos y supersticiones, como cumple al hermoso destino que ofrece a todos los hombres la conquista de la Libertad.

DAR. (Estrechándole la mano.) En nombre de todos, salud y elevación.

LEIB. Salud y elevación.

ESCENA II

Dichos, MARTA con LIANA, por el foro. FLORA se adelanta para salir a su encuentro

PLUT. Marta, la madre de Lisardo.

DAR. ¡El dolor llega! Enmudezcamos, compañeros. Sea el silencio nuestro más elocuente

homenaje. (Marta y Flora se abrazan en medio de la escena.)

MAR. ¡Flora!

FLO. ¡Marta!

DAR. Rindamos la materia y elevemos el espíritu ante el hermoso ejemplo que ofrecen estas madres doloridas. ¡Derramad vuestras flores sobre el dolor hermoso! (Las niñas echan flores a los pies de Marta y Flora. Todos los ciudadanos se arrodillan. Pausa.)

EXTRA. 1.º ¡Estos no son hombres!... ¡Son espíritus!

DAR. Toma mi brazo, Marta.

LEIB. Apóyate en el mío, Flora.

(Marta y Flora, conducidas al estrado, toman asiento a ambos lados del Presidente.)

DAR. Satisfecha la consulta que habéis hecho sobre la causa que motiva el atraso de las sociedades, vamos a dar cumplimiento a nuestro deber. (Pausa.) ¿Estás ahí, ciudadano Lamark?

LAM. Aquí estoy, ciudadano Presidente.

DAR. Lamark... Te hallas en interdicto ante la conciencia del pueblo, por la desaparición del poeta Lisardo.

LAM. Ya lo sé.

DAR. Nadie te acusa. Ninguno te delata. Sólo el Presidente Gobernador comparece para decirte: Desvanece las sombras que entenebrecen los espíritus. Yo me declaro tu campeón y defiendo tu inocencia. Proclámala tú también. Aquí está tu madre. Proclámala en su nombre y ven luego a nuestros brazos.

FLO. La verdad se halla más cerca de Dios que de los hombres. Di la verdad, hijo mío.

LAM. Voy a decirla. No, ciudadanos; no soy inocente. ¡Maté a Lisardo, arrojándole al mar!

DAR. ¡Esa es la verdad! (Cuadro de sensación.)

MAR. ¡Desdichado!

LAM. Me embosqué en el matorral. Caí sobre Lisardo, y ejecuté mi crimen. ¡Matadme, compañeros!

DAR. En esta patria no hay verdugos.
LAM. ¡Juzgadme!
DAR. En esta República no hay jueces.
LAM. ¡Prendedme!
DAR. En este pueblo no hay soldados.
LAM. ¿Sin castigo me dejáis?
DAR. Lamark. Estás confeso de un espantoso crimen. Ahora di: ¿Si Lisardo no hubiese muerto y apareciese de nuevo a tus ojos... se volvería contra él tu pensamiento?
MAR. Habla con sinceridad.
FLO. No engañes al pueblo.
LAM. Dejadme meditar.
DAR. Medita.
LAM. No quiero engañaros. ¡Le mataría!
FLO. ¡Qué horror!
MAR. ¡Te perdono, Lamark! (Pausa.)
DAR. ¡Esa es tu conciencia! Atiende a nuestra justicia. La República sostiene tu derecho a la conservación de la vida, porque este derecho es anterior y superior al hombre y no puede serle negado jamás. Sostiene también tu derecho al pan de la inteligencia; pero te niega el derecho social al trabajo. Abiertas tendrás las escuelas, pero cerrados se hallarán para tí los talleres, hasta que eleves por medio del estudio la condición moral de tu espíritu y puedas volver a nuestros brazos. Por hoy, tu patria se limita, tu hogar se reduce, tu familia se restringe.
LAM. (Irguiéndose con altivez.) No. No acepto esa limosna. Rechazo ese perdón.
FLO. ¡Mira lo que haces, hijo mío!
DAR. No es limosna. Es ley de amor y fundamento de libertad.
LAM. ¡No podría vivir entre vosotros con la frente humillada! ¡No podría tampoco soportar la presencia de mi amor despreciado! No soy hombre para eso. Yo mismo me impondré el castigo que merezco, grande y terrible. ¡Habitaré en el fondo de los bos-

ques y en las entrañas de las grutas! ¡Viviré como un sér maldito! ¡Como una fiera dañina!... ¡Adiós, ciudadanos!

PLUT. ¡Detente, Lamark!

LEIB. Dejadle, que aun le domina la soberbia. Aún no ha girado su espíritu.

LAM. (Desde lo alto de la montaña.) ¡Adiós, Libertad! ¡Adios, República!

MAR. ¡Tu madre llora, Lamark!

LAM. ¡Adiós, madre mía! (Desaparece por la montaña.)

DAR. Dejadle, que aun es esclavo. Con él se va el espectro de las sociedades que ya pertenecen a la historia. ¡Dejad que pase esa sombra de Caín! Con nosotros queda la luz serena del espíritu, la gloria del pueblo redimido y la eterna ley de la Justicia. Hemos cumplido con nuestro deber... ¡Salud y elevación, ciudadanos!

TODOS ¡Salud y elevación!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO VIII

Un gabinete muy severo a estilo de prisión sin llegar a serlo. Puerta giratoria en el foro. A la derecha mesa escritorio.

ESCENA PRIMERA

LISARDO, escribiendo

LIS. La diferencia entre el hombre
y el bruto, es la inteligencia,
si el hombre no la cultiva
se borra la diferencia.

No me ha salido mal este pensamiento. Es muy difícil encerrar en cuatro versos una idea profunda y sencilla y que además contenga al alma del pueblo... Creo que este cantar es muy comprensible. Por lo que se refiere a mis conciudadanos no hay caso. Lo entenderán todos, pero yo no escribo sólo para ellos. La misión del poeta tiene más amplios horizontes... De aquí sale también otra copla. (Escribiendo.)

No tiene sólo el poeta
ni una patria ni un hogar.
Su patria es el mundo entero
su hogar es la humanidad.

No está mal tampoco. Sin embargo, ayer me encontraba más inspirado. ¿Por dónde andarán mis versos favoritos? (Buscando entre las cuartillas de papel.) Ya las encontré. Encierran un pensamiento muy hondo. Los declamaré como si me hallase en presencia del pueblo.

Siempre que un látigo cruza
el rostro de algún esclavo
la sangre que salta, hierve
y se ilumina en el acto
como si luz y no sangre
despidiese el latigazo.
Queda el infame verdugo
de su propia afrenta pálido
sintiendo que aquel reflejo
el corazón le ha cruzado.
Es la cólera de Dios
que brilla como un relámpago.
Un dolor que hace vibrar
la conciencia del esclavo.
¡Una luz para su alma!
¡Una mancha para el látigo!

Basta de coplas... Debo pensar seriamente en mi situación. Mi cautiverio se prolonga de un modo altamente sospechoso... Anoche me asaltó una idea terrible. ¿Me habrán encerrado por coplero y mal poeta? No hay que tener vanidad... Todo el que hace versos se cree un Semi-Dios coronado de flores en la tierra. La imagen de Calainos me asusta. No hay que olvidar que también hacía coplas... ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Quiero libertad! Nadie me escucha. (Dirígese al foro.) Me han emparedado. ¿No habrá ningún poder que me saque de esta prisión?... ¡Abrete, puerta!

ESCENA II

Gira la puerta del foro y aparece el Doctor LEIBNITZ

LEIB. Llamaste al Genio y heme aquí.

LIS. ¡Qué sorpresa! ¡Leibnitz!

LEIB. ¿Te sorprende mi aparición? No soy ningún fantasma. Tranquilízate.

LIS. ¿Pero cómo se abrió esa puerta?

LEIB. A tu mágico conjuro.

LIS. ¿De modo que?...

LEIB. Estuviste aquí encerrado porque así plugo a tu voluntad. No hay más que empujar un poco y al punto se abre. Nuestras cárceles son así. El que está preso es porque quiere.

LIS. (Malhumorado.) Habérmelo dicho, ciudadano.

LEIB. Bien castigado estás por tu ignorancia. Siéntate y hablemos. (Se sientan Lisardo en su puesto de escribir en la mesa, Leibnitz enfrente.)

LIS. Dichosos los ojos.

LEIB. Nunca llega tarde la dicha si lo hace a tiempo.

LIS. Ante todo. ¿Y mi madre?

LEIB. Ya la hemos enterado.

LIS. Y yo sin saber nada.

LEIB. Así lo acordamos el Presidente y yo hasta ver el desarrollo que tomaban los sucesos. ¿Qué has hecho en tanto?

LIS. Versos. Mira. (Tomando el montón de cuartillas que hay sobre la mesa.)

LEIB. Centenares de coplas.

LIS. ¿No te agradan mis versos?

LEIB. A mí me parecen malos; pero a tu patria le parecen excelentes. Tú ganas en el pleito.

LIS. Se desbordó mi númen.

LEIB. Supongo que habrás glosado en esos versos algún canto épico a la gloria de las batallas... al sangriento laurel de la victoria. ¿Algún drama o romance montando sobre perlas la hidalguía caballeresca de los an-

tiguos y bizarros matadores de hombres?...

LIS. Yo no canto a esas bizarrías.

LEIB. ¿A quién has cantado?

LIS. Al Amor, a la Ciencia y la Libertad.

LEIB. Ese es el poeta.

LIS. Supongo que habrás venido a sacarme de esta prisión.

LEIB. Sí, por cierto.

LIS. Pues ya escucho.

LEIB. ¿Tú solías inspirarte en el Peñón de Miramar contemplando la inmensidad del Océano?

LIS. Casi todas las tardes cuando el sol cae sobre el mar como una hostia de fuego.

LEIB. Lamark, tu buen amigo, había formado el propósito de arrojarte al abismo desde aquella altura.

LIS. ¿Con qué objeto?

LEIB. Me admira tu obstinación en callar la verdad. Quería arrojarte desde allí para que hubieses desaparecido en el fondo de las aguas como la hostia de fuego de tu fantasía.

LIS. ¡Pobre Lamark!

LEIB. Pobre de ti que te hubieran comido los tiburones, si no acude el marinero Alejandro con su barca para salvarte. Carne exquisita de poeta... Poco que le hubieran agradecido el rico manjar...

LIS. ¿No te conmueves pensando en el remordimiento que estará amargando su existencia?...

LEIB. ¡Ah! ¡Por fin!

LIS. Ya me has arrancado el secreto.

LEIB. (Consultando su reloj.) Levántate, Lisardo. Dirijete a la puerta que repite tu conjuro.

LIS. ¿Se abrirá de nuevo?

LEIB. Desde ahora tu voluntad es como la lámpara de Aladino. Frotándola un poco se convierte en prodigioso talismán.

LIS. ¡Abrete, puerta! (Dice esto dirigiéndose al foro.)

ESCENA III

Gira la puerta y aparece MARTA por el foro.

LIS. ¡Cielos! ¡Mi madre! (Arrojándose en los brazos de su hijo.) ¡¡Hijo de mi alma!!

LEIB. (Llenando el espacio en que permanecen abrazados Lisardo y Marta.) ¡La madre!... ¡Oh! ¡La madre! ¡La gran Naturaleza particularizada en un sér! ¿Qué es una madre? ¡El amor de los amores encarnado en el corazón de una mujer... ¡Ahora recuerdo a la mía! ¡Benditas sean todas las madres! (Dice esto muy conmovido.)

LIS. Estás muy conmovida... Toma asiento. (La obliga dulcemente a tomar asiento.)

MAR. ¡Ay hijo! ¡Cuánto me has hecho sufrir!

LIS. ¡Oh, Leibnitz! ¿Por qué no le digisteis que vivía y que me hallaba aquí prisionero?

LEIB. Para no obligarla a que tuviese luego que representar una comedia de dolor porque convenía que la verdad no llegase al Pueblo.

MAR. Apruebo tu plan en todas sus partes, Leibnitz.

LIS. Perdóname. Soy un mentecato. ¿Y mi hermana Jacinta?

MAR. Extendió de nuevo las alas de su proverbial alegría. Y tú, ¿qué has hecho?

LIS. Versos... muchos versos... Mira. (Mostrándole las cuartillas.)

LEIB. ¿No le has dedicado algunos a tu madre?

LIS. Oid esta copla. (Leyendo en una cuartilla.)

Madre, desde aquí te adoro...
Solo en triste soledad,
puedo vivir, porque sé
que tienes tu libertad.

MAR. (Abrazando de nuevo a su hijo y besándole repetidas veces en la frente.) ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

LEIB. Muy sentida, Lisardo. Caigan a tus pies los pétalos de las flores.

LIS. ¡Viva el Doctor Leibnitz!

LEIB. Mitiguemos estos entusiasmos... Basta ya de explosiones líricas.

LIS. Dime algo de la anciana Flora.

MAR. Cuando supo que vivías, su alegría no tuvo límites. Le dió por salir al campo y besar todas las florecillas que encontraba.

LIS. ¿Y Liana?

MAR. ¡Liana! Se había convertido en pálida azucena y se encendió de nuevo su cara de rosa. Hablemos de Lamark. ¿Qué hay qué hacer con ese desdichado, Leibnitz?

LIS. ¿Dónde se fué?

MAR. A vivir como un sér maldito metido en el fondo de los bosques y en las entrañas de las grutas.

LEIB. Habrá que cazarle como a una fiera.

LIS. No. No... Yo me encargo de que vuelva al seno de amor de su República.

MAR. ¿Y cómo?

LIS. Metiéndome en su busca por bosques y grutas.

MAR. Bien, hijo mío.

LEIB. Ese rasgo te enaltece. Si logras encontrarle, la reacción de su espíritu es segura... De lo contrario...

MAR. ¡Qué temes!

LEIB. Que trate de suicidarse arrojándose por el Peñón.

LIS. Hay que evitarlo a todo trance.

LEIB. En esa previsión he mandado que se sitúe un cordón de ciudadanos en torno de Miramar para que lo eviten vigilando día y noche.

MAR. Se arrojará por algún otro despeñadero.

LEIB. No. Ha de ser por allí... Por Miramar. Allí está la sombra... Aquel es el imán que le atrae.

LIS. No perdamos tiempo. ¿Estoy ya libre, doctor?

LEIB. Así lo ha dispuesto el Presidente.

LIS. Entonces dame el brazo, madre... ¡Qué oleadas de regocijo se esparcen por todo mi sér!... ¡Adiós, cárcel! ¡Quédate con tus sombras y tristezas!... ¡Madre! ¡Leibnitz! ¡Qué hermosa es la libertad! ¡Qué hermosa es la libertad! (Vanse todos por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO IX

Telón corto de bosque

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la izquierda Extranjeros 1.°, 2.° y 3.°

(Oyese dentro á alguna distancia el rumor como de un pueblo entusiasmado).

FRAN. (Dentro izquierda á alguna distancia). ¡Viva Lisardo!

PUEBLO ¡Viva!

FRAN. ¡Viva el Poeta del Pueblo!

PUEBLO ¡Viva!

EXTRA. 1.° ¡Lo van a estrujar!

EXTRA. 2.° Acabarán por llevarlo en andas.

EXTRA. 3.° Yo no he visto entusiasmo mayor en todos los días de mi vida.

EXTRA. 2.° Las mujeres se abrazan llorando. Los niños se le agarran al cuello besándole. Los hombres estrechan su mano como si estrecharan la de un Dios.

EXTRA. 1.° ¿Pero de dónde han salido tantas flores?

EXTRA. 2.° Qué sé yo.

EXTRA. 1.° Parece que los jardines de todo el orbe se hayan subido al cielo para caer en lluvia de flores sobre las sienes del Poeta.

EXTRA. 3.° Semeja un día de Resurrección.

EXTRA. 1.° Y lo es, en efecto, para esta República que tiene admiración a los hombres que valen.

EXTRA. 2.° Allí viene nuestro amable Cicerone el ciudadano Plutarco.

ESCENA II

Dichos, PLUTARCO por la derecha

PLUT. ¡Hola, señores! Cuánto me alegro de hallaros.

EXTRA. 1.° ¿Qué hay, amigo Plutarco? Viene usted rebosando de júbilo.

PLUT. ¿No les ha conmovido el espectáculo que ofrece el pueblo?

EXTRA. 2.° De eso hablábamos.

EXTRA. 3.° No hemos visto nunca delirio semejante.

PLUT. Esto es el entusiasmo en sus primeros desbordamientos. Ahora se organizan las fiestas.

EXTRA. 1.° ¿Hay algo que ofrezca mayor interés?

PLUT. Ya lo creo. En esta República el general regocijo acaba siempre por convertirse en actos públicos instructivos. Multitud de profesores en el Arte, la Ciencia y la Filosofía explican a las muchedumbres la interpretación que debe darse a los personajes y simbolismos que figuran en las cabalgatas, carrozas y comitivas que se organizan en el acto, haciendo uso del arsenal de objetos que ofrecen los museos.

EXTRA. 1.° Es muy curioso.

EXTRA. 2.° ¿Tienen alguna calificación especial esos actos?

PLUT. Se llaman «Pasos históricos».

EXTRA. 1.° ¿Y en esos pasos figuran personajes de todas las épocas?

PLUT. Y de todas las edades. Se reune un grupo de ciudadanos. Generalmente éstos suelen ser artistas distinguidos de la pintura y el teatro. Establecen un conjunto histórico,

Cada cual toma el personaje que mejor se adapta a sus medios y formas de artística expresión. Luego éstos se exhiben públicamente y los profesores explican las relaciones que unen a dichos elementos, deduciendo profundas enseñanzas y estableciendo los vínculos que los unen o separan en la evolución del progreso humano.

EXTRA. 2.° Comprendemos que tales exhibiciones o pasos históricos deben ser muy útiles para el pueblo.

PLUT. Lo son por el motivo de que no todos los ciudadanos tienen la misma capacidad intelectual para obtener la elevación de su espíritu. Muchos de ellos necesitan de las formas plásticas o muy empíricos para conseguir ese objeto principal que constituye la aspiración de todos.

EXTRA. 1.° En nuestro país se conceden premios a las figuras que más se distinguen por la propiedad de sus trajes.

PLUT. También nosotros concedemos premios por la misma causa.

EXTRA. 1.° ¿Y en qué consisten esos premios aquí donde la propiedad individual no existe?

PLUT. Para otorgarlos se organiza otra fiesta, y a los agraciados se les rinde homenaje haciendo caer a sus pies los pétalos de las flores.

EXTRA. 1.° ¿Sólo eso?

PLUT. A mucho honor, caballero.

EXTRA. 1.° ¿Qué objeto se consigue?

PLUT. Se eleva el prestigio del individuo agraciado. Este se constituye desde aquel instante en uno de los centros de fuerza que dan sostén y autoridad a esta República. La autoridad no parte del agraciado, se deriva de sus compañeros que se la conceden virtualmente.

EXTRA. 2.° Quisiéramos asistir a algunos de esos espectáculos.

PLUT. Para eso vine a verlos y hubiera sentido no encontrarlos. El paso histórico de mayor notoriedad se verifica hoy frente a la casa de Liana, con asistencia de Flora, la madre de Lamark. Es un honor que les concede el ciudadano Presidente por sus altas virtudes. Explica el doctor Leibnitz.

EXTRA. 1.° Lo agradecemos mucho.

PLUT. Nada tienen que agradecerme. El presidente Darwin me ha encargado que me ponga a sus órdenes... Así es, señores, que ya no debemos perder tiempo.

EXTRA. 1.° Cuando usted quiera.

PLUT. Sígadme. (Vanse todos por la derecha).

MUTACIÓN

CUADRO X

Decoración a todo foro. A lo lejos la falda de la montaña llena de poéticas viviendas, semi ocultas entre los árboles, a especie de pequeños hoteles de campo. Estas son las viviendas del Pueblo ideal objeto de este drama. Cruza la escena en tercer término un río de aguas tranquilas, este es el efecto divino; pero la decoración tiene que hallarse preparada de modo que al llegar la noche ofrezca un magnífico espectáculo nocturno. Todos los hoteles aparecen a lo lejos iluminados con luces y adornos de diversidad de colores como un pueblo que celebra un fausto acontecimiento. El lejano y nocturno panorama debe ofrecerse a lo lejos del espectador con un aspecto hermoso y fantástico pareciendo que se reflejan las luces de colores en las tranquilas aguas del rio. En primer término, a la izquierda, la fachada del hotelito donde vive Liana, con una ventana muy grande situada a poca altura. Una enredadera borda y festonea todo el marco. En la base algunas macetas con plantas y flores.

ESCENA I

Sentados a la puerta de la casa de Liana, aparecen, el Presidente DARWIN que tiene a su derecha a la anciana FLORA y a su izquierdaa la referida LIANA. Al otro lado frente a los mismos se halla LEIBNITZ al frente del PUEBLO donde figuran el ciudadano PLUTARCO, los EXTRANJEROS 1.º, 2.º y 3.º, y las figuras que se vayan marcando.

DAR. Empiece la explicación del «paso histórico». El Doctor Leibnitz tiene la palabra.

LEIB. El hombre primitivo se vió sometido por completo al rigor de la fatalidad que constituye el Polo diametralmente opuesto al de Libertad. Todo su trabajo se consume en la lucha contra la Naturaleza que le hace juguete del ciclón, la tempestad y el terremoto. (Pausa). La segunda fase o gran período de la evolución del hombre se encuentra en la autoridad. Esta es necesaria históricamente porque no se puede evolucionar de un salto desde la fatalidad hasta la libertad; hallándose en la autoridad el término medio para que pueda efectuarse por evolución todo el progreso humano. En el período álgido de la autoridad, el poder es despótico. El estado es el César. En las guerras chocan las ambiciones dinásticas, las razas, las soberbias y todas las malas pasiones de los poderes personales. En la fatalidad el derecho no existe. En la autoridad el derecho se funda en la fuerza, y en la libertad la fuerza se funda en el derecho.

DAR. Jesús de Nazaret. Promulgador de la Fraternidad humana.

JESÚS (Sale por la izquierda seguido de numerosos niños y niñas del pueblo de Jerusalém Al llegar al centro de la escena se detiene y volviéndose hacia los niños dice): Venid a mi, amables niños. Esculpid mis máximas en vuestros tiernos corazones. No tengáis nunca apego a las riquezas.

Despreciadlas. Antes pasará un camello por el ojo de una aguja, que entrará un rico en el cielo. Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos.

LEIB. La evolución desde la autoridad a la libertad tiene su verbo altruista en Jesús. Nos hallamos en presencia del espíritu más piadoso y humilde que hubo en todos los tiempos, pero hay que redimir a esta gran figura de la humanidad de los males que se han producido en su nombre. La doctrina piadosa de Jesús no pudo perseverar en su fuerza de origen porque se adelantó, en muchos siglos, a la realidad de la historia. El paganismo revistió a la moral cristiana del culto de su Iglesia. La Edad Media la ensangrentó con sus guerras poniendo la cruz en la empuñadura de la espada. El negro jesuitismo la hizo odiosa con sus habilidades y perfidias. El Santo Oficio la ennegreció con el humo de sus hogueras, y el Becerro de oro de los tiempos modernos, la manchó con sus codicias y mercantilismos. Pero el humilde Jesús... ¡Ah! Jesús, el piadoso, límpio ha quedado de toda mancha... Con él están todos los que sufren. Sigue siendo la esperanza de la humanidad.

DAR. ¡Gloria a Jesús! (Extendiendo solemnemente el brazo derecho).

TODOS. ¡Gloria! (Imitándola). (Vase Jesús vitoreado por los niños que le acompañan).

DAR. El viejo Galileo, emancipador de la Ciencia.

GALI. (Sale encorvado por los años con la barba y los cabellos blancos. Viene atado. Le siguen los sayones calaboceros con el traje adecuado a la época y varias dignidades eclesiásticas y soldados. Al llegar al medio de la escena dice con gran energía): La verdad no puede ser herética. La tierra gira. La tierra se mueve.

LEIB. La Ciencia era esclava del Dogma y no

podía desarrollar sus principios con libre exàmen. Este es uno de los amargos frutos que ofreció la inversión del cristianismo. Galileo afirmó que la tierra se movía, y para que se retractase le sometieron al tormento. Lograron su objeto los esbirros, pero apenas se vió libre Galileo de la tortura, exclamó en un arranque de convicción científica... «Sin embargo se mueve». Se le encerró en un castillo, y allí pereció, el sabio, de dolor y tristeza. La Ciencia salió ilesa de los garfios del tormento y resplandeció la verdad. La tierra gira sobre su eje.

DAR. ¡Gloria a Galileo! (Siempre extendiendo el brazo en la forma indicada).

TODOS. ¡Gloria! (Imitándole del mismo modo).

DAR. Giordano Bruno, libertador del pensamiento.

GIOR. (Sale en procesión como para ir al campo de Flora para ser quemado vivo. En la procesión figuran frailes, inquisidores, dignidades de Iglesia y soldados). El hombre sin libertad en el pensamiento deja de ser hombre. Vosotros que pronunciásteis sentencia para que sea quemado vivo, tenéis de seguro más miedo que yo contra quien ha sido dictada. Vamos al campo de Flora, allí me veréis perecer estoicamente abrasado por las llamas.

LEIB. El fanatismo religioso hace perecer a Giordano Bruno en una hoguera. Murió de un modo tan sublime como Jesús en el calvario. Jesús murió por pensar libremente y Bruno murió por ser libre pensador. De modo que el hermano se volvió contra el hermano. El mártir hizo perecer al mártir. Dolorosa y fatal inversión del espíritu cristiano.

DAR. ¡Gloria a Giordano Bruno! ¡Gloria!

TODOS. ¡Gloria! ¡Gloria! (Vase Bruno y los otros por la derecha).

DAR. ¡Mirabeau! ¡El gran tribuno de la Revolución!

MIRAB. (Sale acompañado de varios ciudadanos de la época.) Hay que rendir culto a la existencia de Dios. Hay que declarar la inmortalidad del alma y luego hay que reconocer los derechos del hombre. Cuando éstos se atropellan, el derecho a la revolución se convierte en un deber sagrado.

LEIB. La autoridad se estanca y petrifica en la Edad Media. A todo exceso de autoridad corresponde otro de libertad. La evolución tiene que seguir su curso, pese a todos los yerros de la naturaleza que provienen de la fatalidad. La historia tiene una noche de ocho siglos que se llama la Edad Media. ¿Cuál había de ser la aurora de una noche tan obscura y prolongada, que encerró en un paréntesis de ochocientos años la evolución del Progreso humano? Una aurora vívida y refulgente... Una aurora tan grande y esplendorosa como lo fué la Revolución Francesa... Mirabeau, Voltaire, Rousseau y otros, proclamaron el verbo... la ejecución correspondió al pueblo francés. En aquel Sinaí quedaron proclamados los derechos del hombre. Allí se inició la emancipación del pueblo en su giro de evolución desde la autoridad a la libertad.

DAR. ¡Gloria a Mirabeau!

TODOS ¡Gloria! (Vase Mirabeau y los otros por la derecha.)

DAR. Napoleón. El genio de la guerra.

NAPOL. (Antes de salir retumba el cañón a lo lejos en la derecha. Sale seguido de varios generales y algunos soldados de la Guardia Imperial. Al llegar al medio de la escena, sale por la derecha)

NEY (Viene con la espada desenvainada.) Mi general; la carga no puede continuarse. El fracaso ha sido espantoso.

NAPOL. ¿Quién lo impide?

NEY Un precipicio que hay al pie de la meseta

de Saint Geau. Los ingleses lo han cubierto con ramas de árboles y ésto ha engañado a nuestros soldados. Al cargar, han caído al fondo más de dos regimientos, todos envueltos, hombres y caballos.

NAPOL. Mariscal. Las cargas de caballería, una vez empezadas, tienen que acabarse. Que sigan cargando, que cuando se llene el precipicio de hombres y caballos ya pasarán los demás regimientos.

NEY Está bien. (Vase Ney. Napoleón le ve marchar y luego mira por donde aquél desaparece con unos anteojos de campaña.)

LEIB. Este es el último soldado. Así como a todo exceso de autoridad corresponde otro de libertad, así también a todo exceso de libertad corresponde otro de autoridad. La espada de Napoleón cae sobre los excesos de la Revolución, pero ya no es ésta la espada de Cesar Augusto. Napoleón tiene tanto de Cesar como de ciudadano. Sus ejércitos chocan contra los tronos petrificados de la Edad Media, removiéndolos o haciéndolos pedazos... Las bayonetas de sus soldados orean con sangre y llamas el ambiente de la historia, que ya se había hecho pesado como el plomo. Así es como resulta Napoleón progresivo dentro de los estragos formidables que produjo a la cabeza de sus ejércitos. Su genio guerrero merece un piadoso silencio. (Vase Napoleón y los suyos por la derecha.)

DAR. ¡El hombre del Amor, la Ciencia y la Libertad!

HOM. NUEVO (Sale seguido de cuatro niñas con canastillas de flores. Enarbola una bandera blanca.) La paz se ha hecho. El hombre es hermano del hombre. La humanidad se ha redimido.

LEIB. ¡El hombre nuevo! Este es el que pedía Legrange para la ciencia, y éste es el que piden todos los espíritus de buena voluntad para el mundo. La evolución llega

aquí a los términos superiores de su progresivo desarrollo, girando desde la autoridad a la Libertad. La fatalidad con sus accidentes, para el hombre monstruoso y primitivo juguete de la tempestad y el terremoto. La autoridad con sus ejércitos para el hombre siervo de la pasión y de la sangre, y la libertad con sus leyes para el hombre, amo y señor de su espíritu. Glorificad al símbolo... Caigan a sus pies los pétalos de las flores...

(Las niñas se adelantan y echan los pétalos de flores de que están llenas sus canastillas a los pies del personaje, ínterin se dan los vivas siguientes.)

DAR. ¡Viva el hombre libre!

PUEBLO ¡Viva!

DAR. ¡Gloria al espíritu!

PUEBLO ¡Gloria!

DAR. ¡Gloria a la humanidad!

PUEBLO ¡Gloria! ¡Gloria!

DAR. El paso histórico ha terminado. Marchaos al Palacio del Pueblo; allí estará Lisardo.

TODOS ¡Vamos... Vamos! (Vanse todos por segundo término derecha, menos Darwin y Liebnitz y Flora y Liana)

ESCENA II

FLORA, LIANA, Presidente DARWIN y LEIBNITZ

LIA. (Adelantándose para formar grupo con el Doctor. ¡Bien, Doctor! (Estrechándole la mano.)

LEIB. ¿Cómo ha salido el paso?

LIA. Hermosamente.

FLO. (Aparte a Darwin.) Gracias por el honor que hemos alcanzado.

DAR. No hablemos de eso. Tengo que hacerte una recomendación.

FLO. ¿Cuál?

DAR. No abandones a Liana por ningun con-

cepto. Permanecé siempre a su lado hasta nuevo aviso.

FLO. Así deberé hacerlo cuando tú lo mandas.

DAR. No es mandato. Es un ruego cariñoso.

FLO. Qué será ejecutado rigurosamente.

LEIB. (A. Liana, aparte.) Una buena advertencia, Liana. No te separes ni un instante de Flora, la madre de Lamark.

LIA. ¿Por qué, Doctor?

LEIB. Por algo que me aconseja el conocimiento que poseo del alma humana. El espíritu previsor debe hallarse siempre alerta, en lucha contra los yerros y fatalidades de la Naturaleza. Cumple mi encargo.

LIA. Será cumplido.

LEIB Adiós, Flora y Liana.

LIA. Qué él os guarde.

FLO. Qué él os acompañe. (Vanse Darwin y Liebnitz por donde se fué el pueblo.)

ESCENA III

FLORA y LIANA

(Comienza a obscurecer lentamente hasta que al final de esta escena aparece la decoración con el efecto nocturno que se ha indicado, ofreciendo a lo lejos la iluminación de fiesta que se ha dicho.)

FLO. La noche se nos echa encima... Estaba pensando...

LIA. Me anticipo a tu pensamiento... Lo adivino.

FLO. Capaz te considero, porque penetras mucho.

LIA. En vez de regresar a tu casa, estabas pensando en quedarte aquí, en la mía.

FLO. Eso mismo. Me quedaré por esta noche.

LIA. Y todas las siguientes.

FLO. ¡Qué buena eres, Liana! ¡Qué buena eres!

LIA. Vivirás conmigo hasta que...

FLO. ¿Hasta cuándo?

LIA. Todo hay que decírtelo.

FLO. ¡Ah. Sí! Hasta que mi hijo vuelva al seno de amor de su madre y de su República.

LIA. Precisamente.

FLO. ¿Tú crees que?...

LIA. Qué ojazos pones para decirlo.

FLO. Como el alma no cabe en ellos, los hace más grandes al salir por los ojos.

LIA. ¡Porqué no ha de volver! Todo será, hasta que un día se acuerde mucho de su madre.

FLO. ¡Ay!

LIA. ¿Por qué suspiras?

FLO. Porque yo no me llamo Liana.

LIA. No digas eso. (Abrazándola y besándola cariñosamente. Dentro, muy lejos, se oyen gritos de ¡Viva Lisardo! ¡Viva el Poeta del Pueblo!) ¿Oyes a lo lejos?

FLO. Sí. ¡Músicas! ¡Vítores! ¡Aclamaciones! Es el pueblo que bulle en entusiasmo.

LIA. Habrá recepción, transportes de cariño y efusión de versos.

FLO. Tal vez no venga Lisardo esta noche.

LIA. Dejémosle. Se debe al pueblo. Tú, a la camita, a reponerte de las sensaciones que has recibido durante el día. Como tu sueño será rebelde, yo lo amansaré, tocando al piano alguna pieza de música bien melódica... Ya verás qué dulcemente te cierra los ojos. (Entran ambas en la casa de Liana.)

ESCENA IV

Aparece LAMARK, siniestramente, por el segundo término izquierda

LAM. ¡Ya llegué!... Aquella es la casa que habita Liana. Todo permanece en su sitio... La enredadera festoneando el marco. Las macetas de flores al pie... A ver... (Se acerca a la ventana sin llegar a ella.) Sí... Sí... Entreabierta... Se ve la luz que hay dentro de su ga-

binete... Siento una gran fatiga... ¿Es del cuerpo o del alma? Del cuerpo debe ser... He andado mucho, siempre por atajos y precipicios, para que nadie me descubriese. ¡Allí! ¡Allí está Liana!... La idea es obscura, pero ¡qué encanto tiene! ¡Cómo la saboreo! Me agazapo y penetro por ese marco de flores... Entro de puntillas... me acerco al lecho donde duerme Liana. La tomo en mis brazos. Estampo mis labios ardientes en aquella boca húmeda como la flor bañada por el rocío. Hago que mi alma se esculpa en su carne. El caso es apagar de un sorbo la sed de amor que envenena y enciende mi sangre. Ella despierta, y entonces... entonces la agarro por el cuello como quien agarra una azucena, y la deshago entre mis manos. Mi primer beso de amor, será el último que ella reciba... ¡Buena idea! ¡Buena idea! ¿A qué aguardo? Me detiene ese resplandor... ¿Estará en pie todavía? Veámoslo al trasluz. (*Se acerca a la ventana y abre un poco las puertas cuidadosamente para mirar al interior.*) Allí está, reclinada sobre un sillón. ¿Se habrá dormido? Sí... Sí... Tanto mejor. Manos a la obra. (*En aquel momento se fija en que aquella es su madre.*) ¡Poder divino! ¿Qué es esto? ¿Qué imagen cruza por mis ojos? ¡Esa es mi madre!... La reconozco... ¡Ella es! Y yo que quería agarrarla por el cuello y... No. No. A quién quería agarrar es a Liana. Pero si es que resulta lo mismo. ¡Qué golpe tan terrible! Esta pedrada cae de más alto que de Miramar y me da en medio del corazón. ¿Quién interpone a mi madre entre Liana y mi mal pensamiento? ¡Por dos veces culpable! ¡Por dos veces maldito! ¿Dónde escondo los andrajos de mi conciencia? ¿Qué hago aquí? ¿A qué he venido? ¿Dónde está mi pensamiento? Aquí, metido en el cerebro, que es tu guarida,

¿Qué proyecto era el tuyo? ¿Qué? ¿Qué dices? Matar a Liana... Sí... Sí... No lo ocultes. Ese era tu proyecto. ¿No sabías que matar a Liana era lo mismo que matar a mi madre?... ¿Dónde estás? ¿No puedo agarrarte, vívora? ¿Huyes? Entonces te aplasto... Te aplasto, desplomando a esta materia vil que te contiene. A este cuerpo miserable que te cobija... ¡Abajo! ¡Abajo! (Con ambas manos se agarra la cabeza como si se agarrara a la de otro para hacerle caer, haciendo esfuerzos titánicos.) ¡No quieres caer!... ¡Ríndete en la tierra! ¡Desaparece en el polvo! ¡Abajo! ¡Abajo! (Cae, al fin, desplomado como una masa inerte. Oyese el piano de Liana. Suena una muy dulce melodía. Lamark se incorpora y luego hace mutis muy lentamente por el foro, como una sombra que se aleja, estático unas veces, oyendo la música otras, mirando a la ventana, hasta que al fin desaparece por donde vino. La ciudad se ilumina en tanto a lo lejos.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO XI

El interior de una gruta de estalactitas con los angostos boquetes de salida, uno a la izquierda primer término, y otro a la derecha segundo término.

ESCENA PRIMERA

Aparece LAMARK por el boquete izquierda con las ropas del vestido a girones, desgreñado, deshecho. Viene de espaldas y a tientas como el que huye de un espantoso espectro cayendo aquí y rodando allá en las tinieblas. Al salir cae de bruces en medio de la escena con fuerte golpe, no ya rendido, sino desplomado por la fatiga. Después de una larga pausa se incorpora y dice.)

LAM. ¿Aun me sigue? No... No me sigue... (Se levanta palpando las sombras que le envuelven.) Espantosa aparición. Entre los huecos que dejan abiertas las rocas he visto flotar la sombra de Lisardo rodeada de pavorosas luces. ¡Cómo se movían las llamas! ¡Cómo corría de aquí para allá la sombra! ¡Parecía una estalactita animada! Sí. Eso es... Una estalactita que se ha desprendido de las rocas, para tomar la figura de Lisardo. Me dió espanto aquella siniestra imagen. ¡Huí como un loco! ¡Qué carrera tan desesperada al través de las tinieblas. Tengo todo el cuerpo magullado... Se han hecho pedazos

mis ropas... cayendo aquí... levantándome allá... resbalando a cada paso... hasta perder de vista al espectro. (Pausa.. Llevándose las manos a la frente como si tratase de enjugarse el sudor que la inunda.) ¡Qué fatiga! ¡Qué oleadas de sudor frío bañan todo el cuerpo! Siento una gran debilidad; una gran flaqueza. Desmayos de la materia.. Sudores de la carne... Vértigos del cerebro! (Gran pausa.) ¡La historia ¡Qué modo tan vil de calumniarla. Dichosos aquellos tiempos de justicia social y hasta de guerra y exterminio... Se castigaba al delincuente... Se despedazaban sus miembros y todos quedaban resarcidos. El culpable por la culpa... La Sociedad por la Justicia... Y ahora... (Recordando las palabras del Presidente y adaptándose en lo posible al tono con que fueron pronunciadas.) En esta patria no hay verdugos... Sí que los hay, pero son de otra especie más amarga y terrible... Los verdugos hielan la sangre... Los Jueces se agarran a la conciencia; y los soldados... los soldados cabalgan sobre el espíritu. Así es que el culpable no puede esconderse ni hallar refugio en parte alguna... ¡Qué negrura me rodea! (Sobresaltado y gritando con toda su fuerza.) ¡Ah! ¿Quién va? ¿Quién anda ahí? ¡Sepultadme, rocas! ¡Devoradme, monstruos!... Venid. Aquí está el hombre que quiso matar a su madre!... Nadie acude... Los espantan mis gritos. Ja... ja... ja.. (Pausa. Gritando con toda su fuerza.) ¡Lamark! ¡Lamark!.. ¿Dónde está? Soy yo Lamark? Sí. Yo soy. Todavía me reconozco... Aquí están mis harapos de hombre... (Pausa.) Hay que poner término á esta situación... Aprovecharé la poca luz que aun queda en mi inteligencia para llevar a cabo mi pensamiento... Esta tarde al caer la hostia de fuego... Eso es; al caer la hostia de fuego... me arrojaré al abismo desde el Peñón: Desde allí cayó Lisardo empuja-

do por la fuerza de mis celos. Una sombra en pos de otra sombra... Todos juntos... en el mar... allí revueltos amor y desprecio... esperanzas y desengaño... allí revueltos en el fondo del Océano... Allí... Allí... Ja... ja... ja... (Mirando de súbito con espanto al bosque de la izquierda.) ¡Horror! ¡La estalactita!... Huyamos, lejos, huyamos! (Trata de huir aceleradamente y tropieza con las rocas cayendo y levantándose repetidas veces, hasta que hace mutis por el boquete de la derecha arrastrándose desesperadamente por el suelo.)

ESCENA II

Aparece PLUTARCO alumbrando sus pasos con una hacha de viento por el boquete de la izquierda. Va muy despacio y con mucho tiento.

PLUT. Tampoco aquí... No se le encuentra por parte alguna... Parece que le hayan tragado las sombras.

LIS. ¡Plutarco! (Dentro izquierda con eco de caverna profunda.

PLUT. Aquí, Lisardo. (Aproximando mucho al boquete izquierda.)

LIS. ¡No hallaste ningún vestigio!

PLUT. Ninguno. Solo las aves obscuras habitan en estos antros de piedra.

LIS. ¿Por dónde has llegado hasta ahí?

PLUT. Por la boca que se abre junto al pilar de estalactitas. Agazapad el cuerpo y dejáos tragar por el boquete. Luego hallaréis una galería de pirámides truncadas. Atravesadla y encontraréis un corredor muy corto y estrecho... Pasad por él y daréis conmigo.

LIS. Allá vamos.

PLUT. Pánico produce la idea de que un hombre se sepulte en vida aquí en esta mansión tenebrosa. Triste es la cárcel donde gime el infeliz prisionero, pero aun produce ma-

yor tristeza la tumba voluntaria de un espíritu. ¡Pobre Lamark! ¡Pobre compañero! Mala vivienda has elegido.

LIS. ¡Plutarco! (Dentro izquierda, más cerca.)

PLUT. Aquí estoy.

LIS. ¿Por este corredor?

PLUT. Sí... Adelante.

ESCENA III

Dicho, LISARDO con una hacha encendida, seguido de SERVET y FRANKLIN

LIS. ¿Nada has visto?

PLUT. Nada... ¿Y vosotros?

LIS. Tampoco. Este es el mundo viejo. Aquí parece que están enterradas sus antiguas miserias... Sepulcro de sus mentidas glorias fundadas en la vanidad y el orgullo... Solitario panteón donde se han petrificado las injurias y errores de las sociedades de otros tiempos... la gota de agua que ha hecho modular a la piedra haciendo que evoque siniestramente las figuras de los más sombríos personajes de la guerra, el despotismo y la barbarie. En una de las cámaras que hemos atravesado se levanta una figura pavorosa... Me ha parecido la del infame Nerón mil veces infame por haber dado muerte a su madre... En otro asoma la figura de un guerrero, hecho plásticamente de un modo deforme, pero que copia la silueta y hasta el carácter. Yacen por todos los rincones extraños atalajes que semejan cetros, coronas y tiaras, todo en la sombra oculto... pero fijáos en este hecho singular... ninguna de esas formas petrificadas evoca la memoria de los Genios dentro de la humanidad... Ni la aureola que ciñe la frente de Aristóteles, ni la luz gloriosa que circunde la de Newton, caben en estas sombras...

FRAN. En buena estancia se ha metido el pobre Lamark.

LIS. ¿Creéis posible que huya de nosotros?

PLUT. Y tan posible.

SERV. Y si al fin le encontramos, ¿qué resultado nos prometemos?

LIS. Si tal dicha tuviésemos, su redención era segura. Dice el Doctor Leibnitz que de la sombra a la luz no media más que una inversión, un giro. El espíritu de Lamark se halla atravesando una crisis formidable... Nuestra aparición resolvería esa crisis y recuperaríamos al hombre.

PLUT. Pensará que tratamos de darle caza como a un animal salvaje.

FRAN. Si se halla oculto, ¿quién le convence que sólo hay amor para él en nuestros corazones?

LIS. Me dáis una idea.

PLUT. ¿Qué idea?

LIS. Hacer llegar hasta el fondo de su alma el soplo vivificador de la poesía. Si mi acento llega hasta sus oídos, no lo dudéis, vendrá corriendo a nuestros brazos.

SERV. Bien pensado.

PLUT. Nada se pierde con hacer la prueba.

FRAN. ¡Inspírate, Lisardo!

SERV. ¡Ilumina tu frente!

LIS. Mi sangre se exalta. Mis nervios se agitan como cables que se preparan para recibir las descargas del espíritu.

¡Libertad! ¡Libertad! Hija del cielo,
Vuelve al mísero esclavo tu mirada.
Haz que gire su espíritu... El recelo
disipa, que es una argolla despiadada.
Haz que su idea ruín se desmorone.
Sácale de esta obscura madriguera,
que no es justo que un hombre se abandone
de tal modo a vivir como una fiera.
¡Lamark! ¡Lamark ¡Arrójate a los brazos
del pueblo liberal que en tí confía!

¡Aquí te esperan diamantinos lazos
de fraternal amor y de alegría!
No te entregues por bárbaro egoísmo
al placer del dolor, que eso es un crimen...
¿A qué aguardas, Lamark? Sal de este
[abismo
rompiendo las cadenas que te oprimen.
(Gran pausa.)

SERV. Nada.
FRAN. No viene.
PLUT. No parece.
LIS. No lo dudéis. No llega hasta sus oídos el canto del poeta.
SERV. Por un momento creí que aparecía por un ángulo... pero la imagen se deshizo al punto. Era una sombra.
LIS. Son las llamas que os citan y toman el cuerpo de las estalactitas, haciéndolas correr y fluctuar como huyendo de la luz.
SERV. Vaya una danza macabra.
LIS. Salgamos, compañeros... Salgamos antes de que la sombra y la tristeza se petrifiquen también en nuestras almas. (Vanse por donde vinieron.)

MUTACIÓN

CUADRO XII

La decoración del cuadro tercero

ESCENA PRIMERA

JACINTA, por la izquierda, con un ramo de flores silvestres

JACIN. Este ramo de campesinas flores para el extranjero que ha sabido ganar mis simpatías. ¡Qué bueno es en el fondo y qué amable y cortés en la forma! Mentira pa-

rece que en su país haya sido un licencioso... un libertino. Y es que el maldito dinero corrompe la natural codicia humana. Vosotras, florecillas, que sois gala y adorno de nuestros campos, no vayáis a decirle que yo le amo. Hace falta que espere todavía... hasta que lleve a feliz cumplimiento todo lo que ha prometido... Por allí asoma... (Mirando a la derecha.) ¿Cómo? Viene transformado por completo. Es él. No hay duda. Nunca el amor hizo esperar al amor.

ESCENA II

Dicha, EXTRANJERO 1.º, por la derecha, con traje a usanza del país

JACIN. ¿Vestido a la usanza del país?

EXTRA. Estoy muy orgulloso. El Presidente Gobernador me ha otorgado el título de ciudadano de esta República. He cedido todos mis bienes a las sociedades de obreros de España.

JACIN. ¡Ah! ¡Por fin!

EXTRA. Me ha vencido usted. Soy el ciudadano Newton.

JACIN. (Alargándole la diestra.) Salud y elevación, ciudadano.

EXTRA. Salud y elevación, bella Jacinta.

JACIN. Mucho honor te ha concedido el Presidente. ¡Newton! ¡El gran geómetra inglés!

EXTRA. ¿El gran geómetra?

JACIN. ¡Lo dices admirado! ¿Acaso ignoras quién fué Newton?

EXTRA. Algo oí decir en España... Pero, a la verdad, confieso mi ignorancia.

JACIN. ¿Pero cultivan o no su inteligencia los españoles?

EXTRA. La mayor parte no saben leer ni escribir.

JACIN. ¡Qué desventura tan grande! ¿Y las clases

directoras? ¿Qué hacen, que no educan al pueblo, preparando la evolución de su espíritu?

EXTRA. Por que no les conviene, sin duda.

JACIN. ¿Sabes lo que diría el Doctor Leibnitz?

EXTRA. Alguna verdad como un templo.

JACIN. Diría que esas clases directoras están asesinando moralmente a su patria.

EXTRA. ¡Perdón, Jacinta!

JACIN. Deseas que constituyamos un hogar, y lo que tenemos que constituir es una escuela.

EXTRA. Bueno... Siendo tú la maestra.

JACIN. Me tomaré ese trabajo. El pan de la inteligencia debe ser repartido entre todos.

EXTRA. Prometo seguir tus consejos y aprovechar todas tus enseñanzas.

JACIN. Te daré un libro que se titula: «Armonía de los mundos.» Leyéndolo, sabrás quién fué Newton.

EXTRA. Me asalta un temor.

JACIN. ¿Cuál?

EXTRA. Temo que no me consideres digno de tu cariño.

JACIN. Lo que no va en talento, va en virtud. Te salva la buena voluntad. Toma, en prueba de lo que digo, este pequeño ramo de flores silvestres. Las he cogido para tí.

EXTRA. ¿Te acordaste?

JACIN. Cada florecilla es un recuerdo.

EXTRA. Muchos recuerdos son. Toma, en cambio, esa sortija de brillantes. Es la única prenda de valor que he podido salvar en el total naufragio de mi fortuna.

JACIN. Mucho reluce esta joya... pero vale y brilla mucho más cualquier gusanillo de luz.

EXTRA. Ya soy pobre... ¿Podemos formar nuestro nido de amor?

JACIN. Sí.

EXTRA. ¿Dónde? ¿En la ciudad?

JACIN. No. La ciudad, para el trabajo. El campo, para la vida. Llena está de alegres y poéticas viviendas la montaña. Elije la que

más te guste, siempre que esté deshabitada... Aquel será nuestro hogar.

EXTRA. Juro amarte eternamente.

JACIN. No; no jures... El amor tiene muchas eternidades.

EXTRA. ¿Acaso tú piensas?...

JACIN. Tranquilízate. La experiencia ha demostrado que siempre es el hombre quién abandona a la mujer.

EXTRA. No deja de ser una felonía. ¡Una traición!

JACIN. Ni traición ni felonía.

EXTRA. ¡Me dejas asombrado! ¿No es aquí el amor cómo en los demás países?

JACIN. Exactamente lo mismo, sólo que aquí prescindimos de toda esa hojarasca de frases y juramentos inútiles... La tierra que ya no da más cosechas tiene que renovarse. En todo hay que seguir la ley de la naturaleza.

EXTRA. ¿No es muy escueto y glacial este cariño?

JACIN. Es cuestión sólo de forma... En tu país se ama y se falta del mismo modo. La diferencia estriba en que allí vive cubierto de apariencias, y aquí se ofrece como es, sin ningún artificio. Mañana gira tu corazón; gira mi voluntad. ¿Qué hemos de hacer? ¿representar una comedia social? ¿Para qué? Tanto mejor... De todos modos siempre resulta innecesario el juramento. Nadie nos separa. El lazo de unión se prolonga hasta la muerte... Tú eres el báculo de mi vejez... Yo soy el consuelo de la tuya.

EXTRA. Eso último... Eso último.

JACIN. Todo junto.

EXTRA. Me embelesas haciéndome conocer la verdad que desconocía. ¡Qué inesperados horizontes se abren a mi vista asombrada!... ¡Cuán feliz me considero!

JACIN. ¡Y seremos felices!... Por las mañanas cuando vayas al trabajo yo te acompañaré hasta la puerta para despedirte con un beso. Mis ojos te seguirán hasta que se

pierda tu imagen en la umbría y aun luego irá contigo mi alma... Cuando regreses a tu hogar, santificado por el trabajo, te echaré los brazos al cuello... ¡Mis labios serán rosas de amor para ti!

EXTRA. ¡Jacinta! ¡Jacinta!

JACIN. ¿Y tú?

EXTRA. Cuando vaya al trabajo y reciba el beso de despedida y me pierda al través de la arboleda, mis ojos te verán por dentro, donde las almas viven en eterna y dulce compañía. Cuando vuelva del trabajo y me eches los brazos al cuello, por cada rosa de amor que reciba de tus labios, yo te daré un pedazo de mi alma agradecida.

ESCENA III

Dichos, LIANA por la derecha

LIA. Así habla el amor hermoso... Caigan a vuestros pies los pétalos de las flores.

JACIN. Liana. (A Newton.)

EXTRA. Encantadora joven.

JACIN. Te presento al ciudadano Newton.

LIA. Estrecha mi mano. Ya no eres extranjero.

EXTRA. Que me place.

JACIN. Nos hemos prometido.

LIA. Lo celebro en el alma.

EXTRA. Mil gracias.

JACIN. Toma, Liana. Te regalo una sortija de brillantes. Con tu permiso, Newton.

EXTRA. Tuya es.

JACIN. Entre nosotros no hay tuyo ni mío. No hay propiedad alguna que pueda pertenecer a uno solo. La hacienda es de todos. Tómala. A mí ya me ha mordido bastante el dedo.

LIA. (Ciñiéndose la sortija). Cúmplase tu deseo. Veremos el tiempo que permanece en mi mano. Hay que darle una explicación a-

Newton. Hasta que la mujer no se halle completamente redimida de sus vanidades en todos los países, siempre veremos, nosotras, las mujeres de esta República, en cada una de estas joyas una prenda de esclavitud.

EXTRA. Agradezco mucho la explicación y considero vuestra conducta muy plausible. (Ofrece á Liana una de las flores silvestres del campo, sacándolo del ramo que le entregó Jacinta.) Toma una de estas flores del campo. Con tu permiso, Jacinta. Esta flor sí que puede ser tuya. Te pertenece por ley de libertad y por gracia de Naturaleza.

LIA. La acepto. Esta florecilla se marchitará en mi pecho. Antes desaparecerá de mis dedos la sortija.

JACIN. Admirable, Newton. Ya te vas adaptando a nuestro modo de ser.

EXTRA. Y comprendiendo muchas cosas que no comprendía. La cohesión social se debe aquí a una fuerza que en los demás países sólo se halla iniciada. Esta es la inclinación o tendencia que tienen todos al bien colectivo, o sea a la dicha común, prescindiendo del interés propio.

LIA. No, Newton. Aciertas en lo primero y yerras en lo segundo. No se prescinde del bien propio cuando se quiere el de la generalidad, porque el bien de uno mismo se halla incluído en el que se desea para para los demás. Por eso decimos, el bien de todos.

EXTRA. Pronto me has pagado el obsequio, hermosa Liana. Esa flor de tu espíritu vale más que las florecillas que salen de la naturaleza.

LIA. Tenemos que suspender este diálogo interesantísimo. Tu madre nos espera, Jacinta.

JACIN. ¿Dónde?

LIA. Al pie del Peñón. Allí la dejé para venir en tu busca.
JACIN. Vamos, Newton.
EXTRA. Tú mandas, Jacinta.
JACIN. Vamos, pues. (Vanse por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO XIII

La decoración que pertenece al cuadro IV

ESCENA PRIMERA

Aparece en escena MARTA y acto seguido salen derecha LIANA, JACINTA y NEWTON

JACIN. ¡Bendita seas, madre!
MAR. Cuando hay bendición no está la dicha muy lejos.
EXTRA. Aquí está, efectivamente.
MAR. ¡Ah! ¿Ya eres de los nuestros?
EXTRA. Tengo ese honor.
JACIN. El ciudadano Newton.
MAR. Newton. El matemático más grande de su tiempo.
JACIN. Ya se han unido nuestros corazones.
MAR. En buen hora. Que la paz reine en vuestra campaña, hijos míos.
EXTRA. ¿Me otorgas a tu hija?
MAR. Ella es la que te otorga.
EXTRA. Y así con semejante facilidad, se lleva a cabo el enlace. ¿Y si yo fuese un hombre indigno?
MAR. No hay ningún hombre indigno en esta República.
EXTRA. ¿Tomaste informes?
MAR. Ya sé quién eres y que te has despojado de tu fortuna.

EXTRA. ¿No hay que llevar a cabo ninguna otra formalidad?

MAR. La República exige que la pongas en convencimiento de tus actos, no para cohibirte, sino para defenderte. Deseo tu dicha... Pídele a Dios que haga fecundos nuestros amores.

EXTRA. En tal caso yo seguiré nuestras costumbres... No habrá ley alguna que me separe de mis hijos.

MAR. Nadie te obliga.

EXTRA. Jamás ha de faltarles mi cariño.

LIA. (Entregándole la sortija que se desciñe del dedo.) Bien la mereces... Para ti.

MAR. Valiosa joya. ¿Restos de tu pasada opulencia?

EXTRA. Cabal.

MAR. La acepto con mil amores. La ataré con una cinta de seda y la colgaré al cuello de mi cabritilla... Poco oronda y ufana que se pondrá tan hueca como es y vanidosa

EXTRA. ¿No temes que saltando la extravíe?

MAR. Peor fuera que se extraviara la cabritilla como ocurre en las mujeres esclavas del lujo que se extravían y pierden por una joya.

EXTRA. Dices bien. En mi país más de una mujer daría su virtud por lo que vale esa joya. Aquí sólo aprovecha para adornar el cuello de una cabra.

FLO. (Dentro derecha.) ¡Marta! ¡Marta!

MAR. ¿Quién llama?

JACIN. ¡Flora!

LIA. Muy deprisa viene.

ESCENA II

Dichos, FLORA seguida de PLUTARCO, FRANKLIN y SERVET

FLO. Vengo trastornada.

MAR. ¿Qué ocurre?

LIA. ¿Acaso tu hijo?

LAM. Cuéntalo, Plutarco.

PLUT. No hemos podido hallarle... Nos fuimos al romper el día y casi todo él ha transcurrido buscándole por la comarca. Hemos explorado los terrenos más intrincados y ocultos...

MAR. ¿Y Lisardo?

PLUT. Fuese en busca del Doctor Leibnitz para darle cuenta del malogro de nuestra expedición.

FLO. Lo peor no es esto, Marta.

MAR. ¿Hay más daño?

FLO. El Presidente Darwin ha recogido en su aparato eléctrico un radiograma. Dícese en él que se ha visto cruzar a mi hijo como una sombra y esconderse en el matorral que se halla inmediato al Peñón.

MAR. ¿Y los ciudadanos que vigilan allí para evitarlo?

FLO. Les sorprendió con una carrera desesperada. Ahora andan buscándole. ¡Ay de mí! Tengo el corazón muy angustiado.

SERV. El Presidente y el Doctor Leibnitz.

ESCENA III

Dichos, PRESIDENTE, DOCTOR, derecha

DAR. Sin alarmas ni aturdimientos. Marta y Flora. Subíos al Peñón con la ligereza que os permitan los años. Creo que ese loco no se atreverá a saltar la valla de amor que le oponemos.

FLO. Vamos pronto, vamos.

DAR. Servet y Franklin, acompañadlas. (Servet y Franklin ofrecen el brazo a Flora y Marta.)

SERV. Vamos por aquí. Ganaremos tiempo. (Vanse derecha, segundo término.)

ESCENA IV

Dichos, menos los citados

LEIB. ¡Y Lisardo! ¿Dónde está que no le veo?
PLUT. Fuese en tu busca.
LEIB. Corre inmediatamente a encontrarle y que venga sin perder ni un segundo.
PLUT. Allá voy. (Vase derecha.)

ESCENA V

Dichos menos PLUTARCO

LEIB. Nuestros amigos han hecho mal en abandonar el Peñón confiado a su custodia.
JACIN. ¡Ay, Liana! (Formando grupo aparte.)
LIA. ¡Ay, Jacinta!
EXTRA. Tranquilizáos. No hay que desmayar. Lamark debe hallarse oculto en el matorral descansando de su carrera desesperada, luchando contra la fuerza que le arrastra.
DAR. ¿Persistes en tu idea? ¿No crees posible que se arroje por otro despeñadero?
LEIB. Abriga esa seguridad. Su pensamiento se halla enfocado en Miramar. Aquélla es la roca cortada a pico de sus sueños y delirios... Por allí ha de ser necesariamente. El suicidio tiene esas fatales imposiciones.

ESCENA VI

Aparece LAMARK súbitamente a lo alto del Peñón como se indica, A la vez aparecen en la montaña con dirección al Peñón, MARTA, FLORA, PLUTARCO, FRANKLIN y Pueblo.

LAM. ¡Horror! Miradle... ¡Ya está en el Peñón!
LAM. ¡Ya es mío el abismo! ¡Ya es mío el abismo!

DAR. Todo se ha perdido.

MAR. (Extendiendo hacia él los brazos.) ¡Detente, en nombre de Dios!

FLO. (Con un grito desesperado.) ¡Por tu madre, Lamark!

LAM. ¡La he matado!

DAR. ¡Por tu patria!

LAM. ¡Yo no tengo patria!

LEIB. ¡Por humanidad!

LAM. ¡Yo no soy hombre!

EXTRA. ¡Por la libertad!

LAM. ¡Yo soy un esclavo!

FLO. (Extendiendo los brazos sin atreverse a dar un paso.) ¡Hijo!... ¡Hijo!...

LEIB. ¡Sálvale tú! (A Liana.)

LIA. ¡Ven a los brazos de Liana!

LAM. ¡Tú no eres mi Liana!... ¡Tú no eres mi Liana!... ¡Ahora soy yo quien domina a los espectros! ¡Mío es el abismo!... ¡Mío es el abismo!... ¡Ja... ja... ja!...

LEIB. Sólo Lisardo puede salvarle. ¡Oh! Aquí llega.

ESCENA VII

Dichos, PLUTARCO y LISARDO, antes de que termine la carcajada de Lamark, por la derecha

LEIB. Lisardo: ¡Salva a aquel loco!

LIS. ¡Lamark! ¡Lamark!

LAM. ¿Quién llama?

LIS. Soy yo. Tu amigo Lisardo.

LAM. ¿Me hablas desde el fondo del abismo?

LIS. No. Te hablo desde aquí... Reconóceme.

LAM. ¿No te tragaron las aguas?

LIS. Tengo vida. No soy ningún espectro. Baja. (Pausa.)

LEIB. ¡Que nadie se mueva! ¡Guarden todos silencio.

LAM. (Pasándose repetidas veces la mano por la frente.) ¿Qué sueño es este? ¿Dónde estoy? ¿Quién

gira aquí, dentro de mi cerebro? ¡Aquella es la voz de Lisardo! ¡Sueño no es, ni delirio! El mar se halla a mis pies... (En este momento se abren las nubes y aparece el sol poniente en la forma que ya se dejó indicado. La escena se cubre de rojos resplandores.) ¡La hostia de fuego! ¡La hostia de fuego!... ¡Ah! ¡Iba a cometer un nuevo crimen!... ¡Ya veo claro!... ¡Cayó la venda de mis ojos!

LEIB. ¡Por fin!

LAM. Liana y Lisardo. ¿Estáis ahí?

LIS. Sí. Aquí estamos.

LAM. Juntad vuestras manos. Unid vuestros corazones. ¡Vuestra es la dicha!

LEIB. (¡Ya ha girado su espíritu!)

LAM. ¡Ya soy libre, ciudadano!... ya soy libre!... ¡Madre!... (Precipitándose en los brazos de su madre, que se fué adelantándose hacia él poco a poco.)

FLO. ¡Hijo!...

DAR. (Levantando en alto los brazos con gran solemnidad.) ¡Gloria! ¡Gloria, humanidad!

TODOS (Imitándole.) ¡Gloria! ¡Gloria, humanidad!

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas